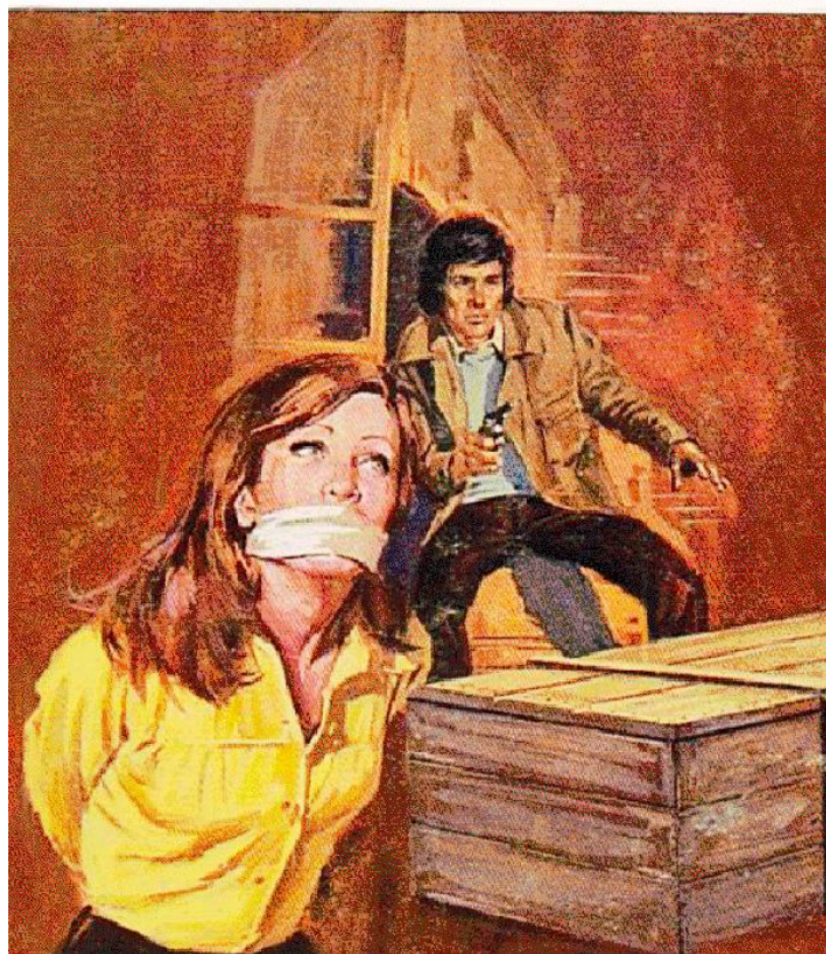


BOULEVARD SAIGON
PUNTO
ROJO

la ley juega sucio

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

LA LEY JUEGA SUCIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 733
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 12.551 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1976

© Ray Lester, 1976

texto

© Jorge Sempere, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

777 — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034 — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878 — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163 — Gata implacable.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907 — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

210 — Un maldito enigma.

En Colección PUNTO ROJO:

731 — Telefonistas agresivas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.338 — Comando terrorista.

PRÓLOGO

Eran las doce y media de la noche.

Un lujoso y oscuro automóvil se deslizó majestuoso por la avenida Nacional de Puerto España. Avanzó sólo con las luces de posición encendidas y se detuvo lentamente frente al club nocturno La Gaviota, del que surgían risas alegres y suaves notas musicales.

Nadie descendió del coche.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando un hombre de piel morena abandonó La Gaviota y se encaminó apresuradamente al vehículo después de mirar receloso a un lado y otro de la avenida. Vestía elegantemente.

Lo mismo que el hombre rubio que le abrió la portezuela posterior y lo dejó entrar en el interior del auto.

El conductor arrancó con la misma suavidad con que se había detenido y permaneció silencioso, con el rostro impenetrable y ocupado sólo de la conducción.

El recién llegado miró anhelante al rubio que ya se encontraba dentro del vehículo.

—¿Ha consultado con sus jefes, señor Gross?

El rubio movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo hice, señor Pereira.

—¿Y qué?

—El precio de las armas sigue siendo el mismo. El semblante del mulato Pereira se contrajo.

—Necesitamos esas armas, señor Gross.

—Me hago cargo.

—Nuestra causa las necesita —habló Pereira con gran énfasis—. No podemos hacer nada sin ellas, ¿no lo comprenden?

—Al contrario, señor Pereira —dijo el rubio—. Lo comprendemos perfectamente, aunque... no seamos idealistas como ustedes. Lo nuestro es conseguir una mercancía y luego venderla

con un margen lógico de beneficios.

—Pero el precio que se acordó en principio fue inferior al que piden ahora. Upton Gross compuso una mueca sardónica.

—En efecto, señor Pereira. —Después de una corta pausa, añadió—: Sin embargo, debe admitir que las circunstancias cambian cada día. En realidad hemos encontrado más dificultades de las previstas para trasladar esas armas al lugar donde se encuentran. Han representado un gasto adicional al calculado y es natural que el comprador se haga cargo de él. Le repito que somos negociantes y no idealistas, señor Pereira. Nos tiene sin cuidado el uso que den ustedes a las armas en su país. Sólo nos importa el dinero.

Pereira apretó los maxilares y su mirada relampagueó fija en el rubio e inalterable Gross.

—¿Ha sopesado una posibilidad, señor Gross?

De nuevo los labios del rubio se curvaron sardónicos.

—No me diga que está pensando en secuestrarme, señor Pereira.

—Eso es exactamente lo que pienso, señor Gross. Aunque no nos encontramos en mi país, dispongo de hombres suficientes para llevar a cabo la idea.

—No lo pongo en duda, pero... ¿supone que conseguirían algo positivo? Aunque me torturaran hasta la muerte jamás podría decir el lugar donde se encuentran las armas. Por la sencilla razón de que lo desconozco. Soy un simple intermediario, señor Pereira. Lo único que lograría es complicar las negociaciones. Otro hombre ocuparía mi lugar y hasta es posible que el precio de las armas subiera para ustedes.

Hizo una pausa Upton Gross y agregó:

—Una «machada» que les costaría cara, señor Pereira.

El mulato guardó silencio, mientras el lujoso automóvil seguía circulando lentamente por las acharoladas calles de la parte nueva de Puerto España.

Finalmente levantó los hombros, impotente.

—No podremos reunir esa fabulosa cantidad.

—Pues lo siento por ustedes porque es nuestra última palabra. ¿Dónde prefiere que le deje, señor Pereira?

El rostro del mulato se giró bruscamente y Gross pudo observar su repentina transpiración.

—¡Espere...!

—Desde luego, señor Pereira —habló suavemente el rubio—. Nunca me acuesto antes de las dos de la madrugada. Disponemos de tiempo para continuar la conversación. Pereira se pasó la lengua por los labios resecos.

—Tienen que darnos tiempo, señor Gross.

—¿Como cuánto?

—Necesitamos quince días por lo menos. No se pueden reunir trescientos mil dólares en tres o cuatro días. Nuestra causa es pobre todavía y sólo disponemos de doscientos mil...

Gross levantó la diestra en el aire cortándole.

—Por favor, señor Pereira..., no me venga llorando.

El mulato apretó los puños con fuerza y silabeó brillantes los ojos en la penumbra del coche:

—Yo no lloro nunca, señor Gross.

El rubio hizo un ademán displicente.

—Era una forma de hablar, señor Pereira. No se lo tome literalmente, hombre.

—¿Nos concederá los quince días?

—Mis jefes no me han autorizado a garantizar nada, señor Pereira. Tengo que consultarlo.

—¿Cuándo sabrá algo? Gross encogió los hombros.

—Supongo que en un par de días. Pero están corriendo ustedes un riesgo, amigo.

El mulato enarcó las cejas sin comprender. Gross adivinó más que vio su gesto y explicó:

—En esos quince días puede presentarse otro comprador. Ya sabe que las guerrillas son la orden del día en toda Sudamérica. A lo mejor se nos presenta otra causa más interesante que la de ustedes.

Pereira alargó una mano y atenazó el brazo del rubio. Sus dedos se cerraron y sus ojos destellaron coléricos.

—¡No pueden hacer eso!

Upton Gross pidió con engañosa suavidad:

—Suélteme el brazo, señor Pereira.

El mulato retiró la mano una vez pasado su arrebató de cólera. Inclinando la cabeza, murmuró:

—Perdone...

—Está bien —dijo Gross—. Tendrá noticias nuestras en dos o tres días. ¿Dónde puedo dejarle que no sea demasiado lejos?

—Puede... detenerse aquí mismo.

El coche oscuro se detuvo junto a la acera y el mulato salió de él. Antes de cerrar la portezuela miró largamente al rubio elegantemente vestido.

—Confío en que convencerá a sus jefes, señor Gross. Sólo se trata de quince días más. Upton Gross asintió despacio.

—Lo intentaré, señor Pereira, lo intentaré.

Luego el automóvil se puso en movimiento sin la menor brusquedad. Upton Gross sacó la zurda, que durante toda la entrevista había permanecido en el bolsillo del gabán, y puso el seguro a la automática.

Dirigiéndose al chófer, comentó:

—Por un instante creí que tendría que balearlo.

El taciturno conductor no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a conducir en dirección a la zona residencial de la cosmopolita Puerto España.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando el mayordomo Howard introdujo a Sherry Bellamy en el invernadero de la terraza que dominaba una vasta panorámica de Nueva York, la muchacha pudo ver a Nora Graham tendida boca abajo. Rodeada de plantas exóticas y figuras precolombinas, preferentemente mayas.

Nora levantó la cabeza y al descubrir la identidad de su visitante se incorporó con presteza.

—Hola, Sherry.

Enrolló una toalla azul intenso sobre su esbelto cuerpo bronceado. El oscuro cabello le caía hasta los hombros y pensó Sherry que al todopoderoso Charles Bellamy no se le podía negar buen gusto al elegir a sus amiguitas.

Nora Graham podía parecer cualquier cosa menos un competente neurólogo, a pesar de su extraordinaria clientela entre, actores, hombres de negocios, pintores...

Sherry levantó la diestra a guisa de saludo y a continuación inquirió en tono displicente:

—¿Llego a la hora convenida, Nora?

—Hoy es mi día de descanso, Sherry, te estaba esperando. ¿Me perdonas unos minutos para vestirme?

—No faltaba más, Nora. Estás en tu casa.

—Oh, Sherry, deja el sarcasmo conmigo y empléalo con tu padre si eso te complace. Ambas somos mujeres.

—¿Eso lo explica todo, Nora?

—Me refiero a que tú y yo podemos llegar a entendernos muy bien, Sherry. Opino que al ser las dos mujeres te puedes entender mejor conmigo que con tu padre.

Sherry Bellamy compuso una mueca.

—No me cabe la menor duda, Nora. Jamás hemos llegado a entendernos Charles Bellamy y yo.

La siquiatra movió la cabeza con pesar.

—No debes hablar así de él. A fin de cuentas es tu padre. Sherry encogió los hombros.

—Es posible. Pero yo no lo elegí.

—Está bien —suspiró Nora Graham—. Hablaremos de eso después. Voy a vestirme. Antes de salir indicó dos vasos que contenían líquido incoloro sobre una mesita ratona.

—Puedes beber mientras esperas, Sherry. Lo preparé para ti hace unos minutos. Sherry negó con la cabeza.

—Si es ginebra enturbia los sentidos y si es agua oxida los huesos, Nora. Prefiero no beber.

—Como quieras.

La doctora desapareció por una puerta y Sherry paseó indolente por el invernadero contemplando las extrañas plantas. Frisaba los veinticinco años y estaba por el metro setenta. Su larga y lacia cabellera rubia, su nariz ligeramente respingona y la sonrisa mundana a flor de labios propia de la hija de un personaje importante en las finanzas neoyorquinas. Vestía un chaquetón de piel de leopardo y la capucha tirada hacia atrás dejaba al descubierto sus brillantes cabellos.

Nora reapareció vistiendo una bata escarlata cuando apenas habían pasado tres minutos. Las piernas morenas y bien torneadas quedaban al descubierto. Hizo un ademán a Sherry indicándole una puerta.

—¿Pasamos al consultorio, querida?

—Para eso me ha enviado mi omnipotente padre, ¿no? Desea que me hagas una exploración mental. ¿Es así como lo llamáis, Nora?

La doctora no respondió y la introdujo en un amplio y sobrio despacho completamente alfombrado y con profusión de detalles de buen gusto. Sherry nunca estuvo antes allí y señaló una especie de diván acolchado en terciopelo rojo.

Con un evidente matiz irónico, preguntó:

—¿Debo tenderme ahí y hacerte una confesión completa de mis culpas, querida Nora?

—Debes abandonar el tono hiriente ante todo, Sherry —dijo reprobativamente la doctora—. Deseo que te olvides de mi profesión por unos minutos y trates de mantener una conversación

de amiga conmigo. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Lo intentaré para complacer a Charles Bellamy.

—De acuerdo —asintió Nora. A continuación tendió un paquete de cigarrillos a la muchacha, que denegó en lenta cabezada. Encendiendo uno, dijo la doctora—: Puedes tomar asiento frente a mí, Sherry. Ahí, al otro lado de la mesa.

Sherry obedeció y se instaló en el sillón.

Nora Graham extrajo de un cajón una libreta de apuntes y dejando el cigarrillo en un cenicero de plata cogió un bolígrafo entre los dedos. Levantó la mirada a la muchacha e informó:

—Ahora te iré mencionando algunas palabras, Sherry. Quiero que me digas con rapidez lo que te sugiere cada una de ellas, ¿me comprendes?

Sherry movió la cabeza risueña.

—Lo he visto en el cine y la televisión, Nora.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Pero sobre todo deseo una completa sinceridad en las respuestas.

Sherry hizo un mohín de niña consentida.

—Pueden resultar muy crudas, Nora.

—No importa. Estoy acostumbrada.

Se hizo una breve pausa y la muchacha movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo. Adelante, doctora.

—Empecemos entonces. —Tras unos instantes de aparente vacilación, comenzó Nora Graham—: Nueva York.

—Materialismo.

—Vietnam.

—Miseria.

—Excombatientes de la guerra de Vietnam.

—Drogadictos.

La doctora dejó de tomar rápidos apuntes y levantó la cabeza.

—¿Por qué drogadictos?

—Dijiste que contestara lo primero que se me viniera a la cabeza, Nora.

—El Pentágono tendría una pobre impresión de ti si te escuchara hablar de esa forma. Continuemos. Familia.

—Una carga que hay que soportar.

—Negro.

—Tinieblas.

—Drogas.

—Evasión.

—Dinero.

—Poder.

Sherry Bellamy parecía someterse a lo que ella consideraba casi como un juego. Contestaba a las palabras de Nora con la misma rapidez con que ésta las pronunciaba.

—Vida.

—Asco.

—Dolor.

—Consuelo.

—Éxito.

—Sacrificio.

—Padre.

—Falsedad.

—¿Por qué necesariamente falsedad, Sherry?

—No lo sé, Nora.

—Lo sabes perfectamente. No me mientas.

Sherry Bellamy se levantó airadamente del sillón con el rostro encendido. Miró unos instantes a la doctora con los labios crispados y las pupilas fulgurantes.

—¿De veras te interesa saberlo, Nora?

Nora Graham guardó silencio largos segundos soportando sin alterar ni un músculo del rostro la mirada de Sherry. Luego acabó sacudiendo la cabeza gravemente.

—Dime por qué la palabra padre representa falsedad para ti, Sherry.

—De acuerdo, doctora, te lo voy a decir —estalló la muchacha, conteniéndose a duras penas—. La palabra padre siempre ha representado falsedad para mí, desde mi infancia ha sido así. Mi madre murió cuando yo apenas contaba cinco años. Pero, claro, eso ya debes saberlo tú. ¿No dicen que en la cama se cuentan todos los secretos?

Nora Graham atirantó el semblante.

—¿Pretendes ser cruel intencionadamente, Sherry?

—¡Pretendo ser sincera!

—¿Qué entiendes tú por sinceridad, Sherry?

—Pureza, ingenuidad, veracidad... Puedes leerlo en cualquier diccionario, doctora. —Sherry hizo una larga pausa y después comenzó a explicar, ya más calmada—: Lo he tenido todo en la vida, Nora. Dinero, caprichos, criados a los que imponer mis despóticos deseos, lujos superfluos, joyas costosas... He sido una niña privilegiada desde mi infancia y sigo siéndolo todavía. Tan sólo me ha faltado una cosa sin demasiada importancia: el cariño y la comprensión de Charles Bellamy. El se ha preocupado siempre de que su hija tenga lo mejor del mundo. La hija de Charles Bellamy no podía carecer de nada, absolutamente de nada.

Nora Graham arrugó el ceño preocupada.

—Juzgas con excesiva dureza a tu padre, Sherry.

—¿Eso crees? Cuando era todavía una niña, mis amigas salían a pasear los domingos. Iban acompañadas de sus padres que jugaban con ellas, las hacían reír alegremente. Yo también salía siempre que me apeteciera. Pero mi compañero era un criado servicial, frío, dispuesto a satisfacer mis caprichos, odiándome en su fuero interno... Charles Bellamy jamás dispuso de un domingo libre para dedicarlo a su hija. Siempre tenía que viajar o citarse con alguna amiga. Eso sí; a su vuelta regresaba con un moderno juguete o un regalo impresionante cuando me fui haciendo mayor. Era una manera de suplir el cariño paterno, su forma de entender y educar a una hija.

Entre ambas mujeres gravitó un pesado silencio. Lo rompió Sherry preguntando mordaz:

—¿Comprendes ahora que la palabra padre signifique falsedad para mí, Nora?

La doctora tardó un poco en responder.

—Sólo en parte. Ese mismo problema lo tienen muchas jóvenes adineradas de la sociedad actual. Y no hablemos de los muchachos. ¿Has intentado en alguna ocasión el acercamiento?

Sherry lanzó una breve carcajada carente por completo de alegría.

—¿Acercamiento dices? ¿Cuándo? ¿Cuando regresa a las dos de la madrugada de su «trabajo habitual», o a la hora del desayuno que nunca hace en casa? Te consta que jamás desayuna en su domicilio.

—Siempre hay un momento de intimidad, Sherry. La muchacha siguió riendo sardónica.

—No, querida Nora. La intimidad la reserva para ti. Yo... sólo soy su hija.

La doctora no supo qué responder durante breves instantes. Luego dejó escapar un suspiro.

—Se impone que tengamos una conversación los tres, Sherry. Tu padre, tú y yo. Sherry comenzó a mover la cabeza en repetida negativa.

—No, Nora.

—Pero es necesario para una mutua comprensión, Sherry. Debemos intentarlo. La muchacha curvó los labios en mueca escéptica.

—¿A los veinticinco años? No, Nora, es demasiado tarde para empezar a comprenderlos. Y por otra parte... no sé si de verdad lo deseo. Ahora nos tratamos como buenos camaradas mi padre y yo. Creo que prefiero que las cosas sigan así. En ocasiones es más cómodo porque ahorramos explicaciones embarazosas.

—Eres injusta, Sherry.

—No hablemos de justicia, Nora, por favor. A pesar de todo, te considero una buena amiga. Sólo me llevas seis o siete años y no me importa el lazo que te une a Charles Bellamy.

En los ojos de la siquiatra hubo un brillo especial.

—Tu padre y yo nos queremos, Sherry. La muchacha encogió los hombros.

—Es asunto vuestro.

—Mira, Sherry...

La joven tuvo un arrebató súbito de cólera y sus pupilas relampaguearon fijas en Nora Graham. La apuntó con el índice extendido y dijo, conteniendo la rabia que la dominaba:

—Escúchame tú, Nora. Si he accedido a someterme a este absurdo juego de un reconocimiento mental, ha sido por complaceros. Mi cerebro funciona perfectamente. Lo único que le falta es grasa porque se ha oxidado. Esa grasa a la que me refiero puedes traducirla en amor paterno. Por lo demás, estoy completamente normal y no necesito que me reconozcas por muy buena siquiatra que seas. Y ahora el juego se ha terminado. Vuelvo a mis fiestas aburridas, a mis pequeños placeres monótonos, a mis alocadas carreras con el coche... A lo que es mi vida. Adiós, Nora, puedes decirle a Charles Bellamy que su hija se encuentra

perfectamente de salud.

Sin aguardar a que la doctora pudiera hablar, Sherry Bellamy cogió el chaquetón de piel que había dejado sobre un sillón y se encaminó a la salida resueltamente. Cerró a sus espaldas de un fuerte portazo.

Poco después aspiraba el aire húmedo de la Quinta Avenida.

Se dirigió al aparcamiento donde guardaba su pequeño «Porsche», abstraída en sus propios pensamientos.

De repente se sintió sujeta fuertemente del brazo.

Giró la cabeza sorprendida y descubrió junto a ella a un hombre de unos veintinueve años, alto, de cabellos oscuros y bien parecido. Le estaba mostrando un arma empuñada bajo el faldón de la gabardina.

—Espero que seas comprensiva y te portes bien, Sherry Bellamy. Puedes comprobar que tengo una pistola en la mano.

La muchacha cabeceó totalmente serena, dueña de sí misma.

—¿Y piensa usarla en plena Quinta Avenida?

—Deseo que no sea necesario, encanto —replicó adusto el desconocido—. Esto es un rapto.

—¡Qué emocionante!

En aquel instante se detuvo un coche junto al bordillo y el hombre abrió la portezuela posterior.

—Vamos, Sherry, entra ahí.

El mismo se encargó de empujarla al interior del vehículo y penetró tras ella cerrando la portezuela. Sherry colaboró sin ofrecer la menor resistencia.

Al volante se sentaba un tipo de cabeza cuadrada, facciones brutales y anchos hombros. Tendría unos veintiséis años y una cicatriz le surcaba la mejilla izquierda.

Levantó la cabeza mirando por el espejo retrovisor al tiempo que preguntaba:

—¿Embalo, Bert?

Su compañero, sentado junto a Sherry en el asiento posterior, compuso una mueca de hastío.

—No, Ted, aguarda a que venga un policía. ¡Pisa el pedal de una maldita vez, idiota!

CAPÍTULO II

Sherry Bellamy se adentró en el estudio ubicado en el último piso del cochambroso edificio, obedeciendo una muda indicación de Bert Hunter. Caminó despacio, casi majestuosa, dentro de su chaquetón de piel de leopardo, y repasó con la mirada los detalles del habitáculo compuesto de una sola estancia.

Muebles que habían conocido lejanos tiempos mejores, una mesa cuyo barniz desapareció en la guerra del catorce, varias sillas mugrientas y un par de camastros formando ángulo recto en una de las esquinas. Sobre la mesa había una botella mediada de un líquido color ámbar y dos vasos con restos de bebida.

Mientras Ted Mackenna cerraba la puerta, comentó Bert Hunter junto a ella:

—No se parece en nada a tu mansión, ¿eh, Sherry? La muchacha levantó los hombros indolente.

—Esto es una pocilga.

Hunter sonrió cabeceando.

—Consecuencias de carecer de dinero, nena. No todo el mundo lleva el apellido Bellamy.

Sherry se giró, mirándole directamente a los ojos.

—¿De veras se trata de un rapto?

—Te lo juro. Mi amigo se llama Ted Mackenna y yo soy Bert Hunter. Cuidaremos de ti hasta que el viejo suelte la tajada, Sherry.

—Si de verdad es un rapto habéis cometido un error, Bert —dijo la chica, hablando con desenfado y tuteándole también—. No es así como debe llevarse a cabo un secuestro.

Hunter frunció el ceño, hosco.

—¿Cuál error, encanto?

—Debisteis vendarme los ojos para que no pueda indicar vuestra guarida a la policía después.

Aproximándose a ellos pensativo, terció el grandullón Ted

Mackenna:

—Ya te lo dije, Bert. Lo he visto en muchas películas y esos fulanos no dejan de hacerlo. Hunter le atajó efectuando un brusco ademán.

—En las películas los secuestradores toman toda clase de precauciones y siempre acaban con los huesos en una celda. No seas capullo, Ted, que yo sé lo que me hago.

—También le has dicho nuestros nombres, Bert.

—Eso, Bert —intervino Sherry risueña—. Nunca has debido decirme vuestros nombres. Ahora os puedo identificar delante de la policía.

Bert Hunter la miró ceñudo.

—Falta saber si te dejaremos ir a la policía, ¿no, sabihonda?

—Los secuestradores honrados siempre lo hacen, Bert.

—¿Y quién te ha dicho que nosotros somos honrados? En las facciones de Ted Mackenna se pintó la alarma.

—Oye, Bert, habíamos quedado en que nada de sangre, ¿eh? No vayas ahora a... Hunter le fulminó con la mirada.

—¿Quieres callarte de una cochina vez, Ted? Vas a conseguir que todo se vaya al diablo.

Sherry se desentendió de ellos y comenzó a pasear por la estancia frotándose las manos y echando el aliento sobre ellas. A los pocos segundos se giró a Hunter.

—Podráis tener una estufa aquí, Bert. Si tengo que pasarme unos días en este lugar, tengo derecho a exigir una. Acabaré helada, con los miembros entumecidos.

Hunter la repasó con la mirada y detuvo los ojos en las bien torneadas piernas, chasqueando la lengua.

—Sería una verdadera lástima, Sherry.

—¿Cuánto pensáis pedir a Charles Bellamy por mi rescate? El joven achicó los ojos mirándola fijamente.

—Te interesa saberlo, ¿eh?

—Soy parte del asunto, Bert —recordó ella haciendo un mohín con los labios—. ¿Lo has olvidado?

Hunter tardó unos instantes en decir:

—Quinientos mil, nena.

Sherry arqueó las cejas sorprendida.

—¿Sólo eso? Me he llevado una desilusión que nunca te

perdonaré, Bert. Siempre me autovaloré en bastante más.

Hunter puso una expresión de pocos amigos en el semblante y ladeó la cabeza mirándola con un solo ojo.

—¿Vas a tomártelo a pitorreo, Sherry? —inquirió ceñudo—. Te advierto que no estamos bromeando en esto.

—Podéis pedir un millón de dólares, Bert, no seas tonto.

—Eso, Bert —aprobó Ted, abriendo mucho los ojos—. No seas tonto, hombre.

—Cállate o te parto la boca, Ted —masculló furioso Hunter—. ¿No te parece que esta sabihonda quiere tomarnos el cuero cabelludo? Ninguna niña remilgada se la da a Bert Hunter, encanto.

Sherry encogió los hombros risueña.

—Sólo pretendo colaborar, Bert.

—La chica desea colaborar, Bert —dijo Ted, dando una cabezada.

De repente disparó Hunter la derecha y Mackenna saltó de costado eludiendo por milímetros el cañonazo que se le iba a estrellar en plena boca.

Apretados los maxilares, reprendió Hunter:

—¿Vas a repetir todo lo que ella diga, Ted?

—Perdona, Bert, caray.

Sherry movió la larga cabellera diciendo reprobativa:

—Tienes muy mal genio, Bert. Puedo asegurarte que Charles Bellamy pagará el millón. Le conozco mejor que nadie.

El joven comenzó a sentirse incómodo.

—Oye... tú eres Sherry Bellamy, ¿no?

—Desde luego.

—Lo digo por la forma en que hablas de Charles Bellamy. Como si no fuese tu padre. La muchacha respondió con sencillez:

—Es que le odio, Bert.

—No me digas.

—Tenemos muy poco en común Charles Bellamy y yo.

—Y el dinero, ¿qué?

—No es mío. Sólo soy su hija.

Bert Hunter arrugó la nariz repentinamente alarmado.

—Dime una cosa, Sherry, ese odio que le profesas a Charles Bellamy... ¿es recíproco? La chica echó la cabeza hacia atrás y rió alegremente.

—Lo que quieres saber es si pagará, ¿verdad?

—Algo así.

—No te preocupes en absoluto, Bert. Charles pagará lo que pidáis. Aunque... —Sherry guardó silencio un momento y en seguida agregó—: Posee medios poderosos para evitar el pago.

—¿Te refieres a que puede contratar a una legión de detectives?

—No. Me estoy refiriendo a los muchos pistoleros que me consta trabajan para él. En realidad no necesita contratar a nadie porque dispone de gente especializada y carente de escrúpulos para resolver cualquier problema. Claro que... si me dejáis colaborar con vosotros por el buen fin del proyecto...

Bert dio un manotazo al aire y dejó escapar un resoplido.

—¿Qué clase de secuestro te imaginas que es éste, encanto? ¿Acaso has visto alguna vez que la víctima colabore con los raptos?

—Aquí concurren circunstancias especiales, Bert.

—¿Sí?

—Puedes estar seguro de ello. Deseo que vuestro plan triunfe y saquéis a mi padre una buena cantidad de dólares. De veras que me disgustaría tremendamente que fracasara.

Bert Hunter entornó los párpados y miró detenidamente a la chica escrutándole el rostro. Por un instante descubrió una chispa en sus pupilas y tuvo la certidumbre que de alguna manera ella intentaba tomarles el pelo.

De su boca salió un gruñido.

—Ted.

—Sí, Bert.

—Dile a esta sabihonda lo que somos nosotros.

—Dos tíos de pelo en pecho, Sherry.

—No seas idiota, Ted —recriminó Bert—. No me refiero a eso.

—Ya lo tengo, Bert —dijo Mackenna—. Lo que tú quieres es que diga lo que ocurrió en Oklahoma.

—Tampoco es eso.

—Entonces tiene que ser lo del Vietnam. —Ted miró a los ojos de Sherry y aseguró—: Entre Bert y yo nos cargamos a la mitad de los norvietnamitas que han muerto y pasamos por la piedra a las...

—Ya basta, Ted —cortó Hunter—. Te vas a pasar.

Ted Mackenna carraspeó aclarándose la voz y a continuación

abombó el pecho añadiendo:

—También somos la fuerza de choque del MEV. Sherry compuso un gesto de extrañeza.

—¿Qué significan esas siglas? No me digáis que este rapto se debe a cuestiones políticas.

Bert Hunter levantó los hombros.

—¿Qué más da lo que pueda significar MEV? Hoy en el mundo tenemos a una extraordinaria cantidad de individuos que amparados en letras disparan contra el prójimo a mansalva y ponen artefactos explosivos donde les parece. Cambian las letras, pero los tipos tienen las mismas intenciones. Por eso Ted y yo nos auto llamamos el MEV y somos los únicos componentes del grupo.

—No has contestado del todo, Bert. ¿Es político el rapto?

—¡Qué va a ser político! Se debe a que desde que volvimos de Vietnam estamos en la indigencia, nena.

—¿Habéis probado a trabajar?

—Nadie quiere a un excombatiente habituado a pelear, Sherry. Después del regreso lo hemos probado todo.

Hasta tocar la bandurria para ganarnos unos centavos.

—¿Y qué ocurrió, Bert?

—Al principio todo fue bien, nena. La gente nos pagaba por darle serenatas a sus enemigos. Luego la policía la tomó con nosotros y tuvimos que dejarlo.

Sherry dejó escapar un suspiro.

—Es una pena. Cada día hay menos músicos. Ted Mackenna aseguró con énfasis:

—A mí lo que me va bien es tocar la regadera. La chica le miró perpleja.

—¿La regadera? Hay personas que tocan con sierras, otras que sacan notas musicales a vasos medio llenos de agua, también los hay que deleitan el oído con tubitos de metal... Jamás escuché que alguien fuera capaz de tocar una melodía utilizando una regadera. Eso tiene mérito, Ted.

—Ted llama «la regadera» a la metralleta que usaba en Vietnam. La manejaba como un diablo. —Hizo una pausa Hunter y luego siguió diciendo—: Incluso llegamos a pensar en raptar un vagón entero del Metro. Pero vimos *Pelham 1-2-3* y al ver que la diñaba todo quisque desistimos de la idea. Fue cuando se nos ocurrió lo

tuyo.

Después de las palabras del joven se abrió una pausa. La cerró el propio Hunter al decir:

—Se acabó la cháchara. Ahora voy a ponerme en contacto con Charles Bellamy —miró a Mackenna y le hizo un gesto—. Te ocuparás de que Sherry se porte bien, ¿eh, Ted?

—Descuida, Bert.

La muchacha inició una protesta.

—He dicho que estoy dispuesta a colaborar con...

—Déjalo, encanto —la atajó brusco Hunter—. Nos bastamos solos para hacerlo. Sherry le salió al paso cuando vio que se dirigía a la salida.

—Bert...

—¿Qué?

—¿Por qué no compras una estufa? Aquí hace mucho frío. El joven emitió una risita sardónica.

—Si te vale una caja de fósforos es a todo lo que llega mi dinero, nena. Lo podrás comprobar a la hora de la cena.

—Espera un instante, Bert.

Sherry sacó un talonario del monedero y encaminándose a la mesa tomó asiento, empezando a escribir en él. Luego arrancó la hoja, tendiéndola a Hunter, que la miraba perplejo.

—Aquí tienes cien dólares, Bert. Compra la estufa, ya que vas a la calle, y de paso tráete algo de comida.

—Pero... ¿qué infiernos te has creído, Sherry?

Ted Mackenna cerró el puño y lo mostró a su amigo.

—Coge el cheque o seré yo el que te parta el espinazo, Bert. ¿Quieres que volvamos a cenar una sardina en aceite otra vez, maldita sea? La muchacha lo hace de buena voluntad, hombre.

Bert Hunter dudó unos instantes y acabó arrebatando el talón de un manotazo a Sherry.

Seguidamente se dirigió a la salida dejando escapar un gruñido.

—Está bien. Pero que conste que esto no parece un secuestro formal. Cualquiera diría que es una película italiana.

CAPÍTULO III

—Acabo de recibir una llamada que me ha hecho rugir de rabia.

Los cuatro hombres alineados ante la panorámica mesa del poderoso Charles Bellamy cambiaron una intranquila mirada entre sí. Cuando volvieron a mirar a su jefe tenían los músculos faciales rígidos.

Comprendían que se avecinaba una tormenta.

—Me ha llamado un bastardo —siguió diciendo Bellamy—. Un asqueroso bastardo.

Joel Frost, un pecoso de cabellos rojos y frente hundida que no tendría más de veinticinco años, se aclaró la voz apuntando:

—El bastardo acaba de comunicarle que la siquiatria se la pega con otro, ¿eh, jefe? Charles Bellamy apretó los dientes.

—No me la pega con otro, Joel.

—¿Con el mismo, entonces?

Charles Bellamy dio un furioso puñetazo en la mesa y todos los objetos se pusieron a bailar. Miró iracundo a Joel Frost y aseguró con entonación gélida:

—Un día ordenaré que te den el «paseo», Joel.

—Señor Bellamy, yo...

—¡Silencio, Joel!

Charles Bellamy frisaba en los cincuenta y toda su persona rezumaba una vitalidad fuera de lo común. Su fuerte anatomía y su mandíbula cuadrada le conferían aspecto de luchador nato. Su mirada demostraba que era un hombre que había escalado un alto puesto en la sociedad a zarpazos con la vida, sin importarle en absoluto los despojos que dejaba detrás de él.

Los otros tres hombres que acompañaban a Joel Frost aguardaron a que Bellamy hablara.

—Han secuestrado a mi hija Sherry —anunció de repente Charles Bellamy. Sus hombres se quedaron de muestra y añadió el

poderoso hombre de negocios—: Un bastardo me lo acaba de anunciar por teléfono. Más tarde se volverá a poner en comunicación conmigo para decirme el precio del rescate.

Richard Talbot, de unos treinta y ocho años, rubio, apuesto y mano derecha de Bellamy, fue el primero en reaccionar:

—¿Piensa comunicarlo a la policía, señor Bellamy?

—No, Richard, esto es un asunto que resolveremos nosotros mismos.

—¿Piensa pagar el rescate?

—No, si puedo evitarlo. Pero ante todo me interesa la integridad física de Sherry.

—Comprendo.

Mark Forbes, de gran corpachón y ojos de mirada astuta, observó a su jefe especulativamente.

—¿Quién ha sido el canalla que se ha atrevido a hacer una cosa así? Opino que ignora dónde se ha metido.

—Estás hablando en singular, Mark —advirtió Bellamy—. No creo que esto sea obra de un solo tipo.

—Era una forma de expresarme, jefe. Creo igual que usted que deben de ser varios.

Charles Bellamy volvió a pasear la mirada por los cuatro hombres.

—Tenemos que localizarlos a la mayor brevedad posible y desde luego evitar que Sherry corra riesgo alguno. Tú, Richard, te quedarás aquí como coordinador de las investigaciones que vayan realizando los grupos de Frost, Forbes y Rank. Quiero que todos los muchachos se pongan a trabajar inmediatamente en el caso y dejen pendiente lo que tengan entre manos. Prioridad absoluta para la búsqueda de los secuestradores.

Peter Rank, el cuarto hombre, era un tipo bajito pero recio de complexión, usaba gafas de carey y junto con Richard Talbot estaba considerado como el más inteligente del grupo.

—¿Disponemos de alguna pista, señor Bellamy? —inquirió con su hablar pausado, mientras se quitaba las gafas y las iba limpiando cuidadosamente con el pañuelo—. Cualquier indicio al que aferramos.

—No tenemos nada, Peter.

Joel Frost tenía a su cargo a los gatilleros profesionales de la

gente de Bellamy. El mismo era casi un sicópata del crimen y por lo tanto el de menor nivel de inteligencia. Por eso compuso una mueca y, dejando escapar un resoplido, masculló:

—Nos pide un imposible, jefe. Partiendo de cero no conseguiremos atrapar a los secuestradores jamás.

Charles Bellamy descargó otro puñetazo en la mesa y sus ojos brillaron de forma inusitada clavados en Frost.

—Estamos en el piso veinticuatro de este edificio, Joel —comenzó a decir iracundo—. Debajo nuestro hay veintitrés pisos que albergan a unas mil doscientas personas trabajando para la compañía y entre ellos tenemos a unos cuarenta detectives. La Compañía de Seguros Bellamy está entre las seis primeras del país. No me digas que somos incapaces de encontrar a mi hija por nuestros propios medios porque vas a colmar mi paciencia y te echaré de aquí a patadas.

Frost se pasó la lengua por los labios.

—Es... como encontrar una aguja en un pajar.

—Eso es sencillo, Joel —dijo Richard Talbot—. Te revuelcas en la paja hasta que la aguja se te clava en alguna parte del cuerpo.

Frost abrió unos ojos como platos.

—¡Toma! Pues nunca se me hubiese ocurrido.

Richard se desentendió de él al observar la expresión de su jefe y mirándolo recto al rostro, dijo:

—Empezaremos a trabajar en seguida en el asunto, señor Bellamy. En primer lugar vamos a cribar entre la gente del hampa. Es posible que por ahí surja una pista.

—Me parece bien, Richard, pero deseo absoluta discreción.

—Entiendo. De momento no utilizaré a los hombres de Joel. Considero que es preferible.

Bellamy sabía los motivos de Talbot y dio una cabezada.

—De acuerdo.

—Necesitaremos una fotografía actual de la señorita Sherry, señor Bellamy. Tendremos que sacar copias.

Charles extrajo la cartera y después de remover en ella sacó una foto de su hija junto al «Porsche». La tendió a Talbot aclarando:

—Se la hizo hará unos tres meses. Tendrás que ampliarla.

—No hay problemas. ¿Dónde podré informarlo de la marcha de la investigación, señor Bellamy?

El padre de Sherry consultó el reloj.

—Ahora voy a visitar a Nora. Mi hija tenía una entrevista con ella esta mañana. Estaré de regreso dentro de hora y media porque ese canalla volverá a llamar.

Y levantándose dio algunas instrucciones anexas Charles Bellamy, dando por finalizada la reunión.

Todo su poderoso equipo se pondría a la caza de los secuestradores.

Nora Graham mostró su perplejidad al terminar de hablar Charles.

—Parece imposible que haya podido sucederle a Sherry.

—¿Por qué? —rebatía Bellamy—. Cada día se llevan a cabo infinidad de secuestros y asesinatos en esta ciudad. No tiene nada de extraño que un día me tocara a mí.

La siquiatra había preparado dos *whiskys* y tendió uno a su amigo. Vio que Bellamy bebía un corto trago y pasando el dedo por el borde del vaso en actitud pensativa, inquirió suave:

—¿Has informado a la policía, Charles?

—Desde luego que no. Tengo a mis órdenes un equipo con mayor efectividad que esos muertos de hambre.

—Sin embargo... ellos poseen medios poderosos, Charles.

—De momento lo intentaremos por nuestra cuenta, Nora —dijo Bellamy un tanto molesto—. Richard ya se ha puesto al frente de la investigación y espero que pronto tengamos resultados.

Hubo un breve intervalo y lo rompió Nora Graham preguntando sin abandonar su actitud preocupada:

—¿Piensas pagar lo que te piden, Charles? Bellamy tardó unos instantes en responder.

—Si puedo evitarlo no lo haré, Nora. Sólo en caso extremo pagaré.

—Sé que lo que voy a preguntarte a continuación es innecesario, pero... ¿te interesa la vida de tu hija?

Los ojos de Bellamy destellaron.

—Puedes estar segura de que es lo que más me preocupa en estos momentos, Nora —dijo gravemente—. Pagaré sin rechistar lo que pidan si veo que su vida corre peligro.

La doctora dejó escapar un leve suspiro de alivio.

—Lo suponía. Sherry se halla convencida de que no has sabido quererla como a una hija, Charles.

Bellamy arrugó el ceño.

—¿Eso te dijo?

—La entrevista resultó un fracaso desde el punto de vista profesional. Sin embargo, he podido deducir algunas conclusiones de lo que hablamos. Tu hija es en la actualidad una muchacha escéptica frente a la vida. Es posible que ella lo ignore realmente, pero se encuentra amargada y llena de rencor oculto hacia las reglas establecidas por la sociedad. Concentra su odio en ti porque tú eres el símbolo que representa a esa sociedad.

Bellamy no daba crédito a lo que escuchaba.

—Eso es imposible, Nora —rechazó forzando una media sonrisa—. Sherry no puede odiarme.

—En el fondo no es a ti a quien odia, Charles. Pero lo importante es que ella lo cree así.

—Después de guardar un corto silencio, siguió la siquiatra: —Y me temo que en realidad tienes gran culpa de lo que le ocurre a tu hija. Nunca le has prestado la atención debida.

Charles Bellamy se puso bruscamente en pie y dejando el vaso sobre la mesa dio unos pasos por la estancia. Se mesó los cabellos y acabó girándose a Nora con la mano extendida.

—Tú sabes gran parte de mi vida, Nora. No tengo tiempo para perderlo en paparruchas como otros padres. Siempre me he preocupado de que no le faltara nada a Sherry. Le he dado todos los caprichos.

Mirándolo a los ojos, inquirió inexpresiva la doctora:

—¿Le diste un cachete alguna vez, Charles?

—Nunca.

—Pues es una lástima. Un cachete y un beso a tiempo hubiera sido más valioso para ella que el «Porsche» que conduce de forma suicida.

Bellamy dejó escapar un gruñido y aventó el aire con ambas manos.

—Vamos a dejarlo, Nora —barbotó excitado—. Ya volveremos a hablar cuando rescatemos a Sherry.

—Está bien, creo que en eso os puedo ayudar, Charles. Bellamy la observó sorprendido.

—¿Tú?

—Cuando Sherry abandonó mi casa enfurecida me asomé a la ventana para verla salir disparada con su bólido. No fue eso lo que pude ver. Dos hombres la estaban esperando y se metió con ellos en un coche. Supuse que eran amigos de ella. Luego he comprendido que se trata de los secuestradores, y más al recordar la extraña manera de comportarse del hombre que esperaba en la acera.

Bellamy quedó mudo de asombro unos instantes. Luego se acercó a la doctora sujetándola por los brazos.

—¿Qué estás diciendo, Nora?

—Al chófer no pude verlo, Charles. Pero puedo reconocer al que la introdujo en el interior del vehículo.

El padre de Sherry apretó los maxilares.

—¿Por qué demonios has esperado tanto para decírmelo, Nora?
—increpó de mal humor.

La siquiatra se desprendió suavemente de las garras de él y sonrió serena, dueña de sí misma.

—Tan sólo han sido unos minutos, Charles. En mi profesión concedemos más importancia a las cosas espirituales que a las materiales. Sabía que en cuanto te lo dijese dejarías de escucharme y no hubiera podido decirte lo que siente tu hija por ti.

Como dándole la razón, Charles Bellamy ya estaba marcando en el teléfono el número de Richard Talbot.

Al establecerse la comunicación comenzó a decir hablando rápido:

—Escucha y no me interrumpas, Richard. Resulta que Nora puede identificar a uno de los raptos. Dile a Peter Rank que se venga por aquí y Nora lo acompañará al archivo de la policía. Tendrá que usar su amistad con el capitán Winslow para que ella revise fichas, pero si tenemos suerte podremos establecer la identidad de ese bastardo. Si lo conseguimos, todo se resumirá a seguirle la pista hasta hallarlo.

CAPÍTULO IV

Bert Hunter empujó la puerta y contempló un instante la escena que se ofrecía a sus ojos. Su amigo Ted Mackenna devoraba un plato rebosante de guisado de carne con patatas, en tanto Sherry tomaba asiento frente a él observándolo con aire complacido.

La estufa eléctrica desparramaba una tibieza agradable sobre el ambiente del viejo estudio.

Hunter cerró y avanzó unos pasos.

Antes de que pudiera despegar los labios levantó Ted la cuchara llena de un trozo de carne y se la mostró riendo más feliz que un chico con zapatos nuevos.

—Oye, Bert, esta chica es una bicoca —dijo a medio masticar—. Además de colaborar con nosotros sabe guisar como los propios ángeles. No deberíamos dejarla ir aunque su padre pague.

Hunter comentó áspero:

—Seguro que en alguna ocasión se ha tenido que ganar la vida trabajando de cocinera. Sherry le dirigió una mirada recriminatoria.

—¿Por qué te esfuerzas en parecer un ogro, Bert? El joven le apuntó con el índice extendido.

—Lo que pasa es que no creo en los cuentos de hadas, ricura. A Bert Hunter...

—Sé lo que vas a decir, Bert —lo cortó ella risueña. Luego remedó la voz de Hunter diciendo—: Ninguna niña remilgada se la pega a Bert Hunter.

El joven emitió un gruñido y se desprendió de la gabardina arrojándola sobre una silla.

—La comida quita las amarguras, Bert —dijo Ted—. Ven a comerte un buen plato de esto y verás cómo se te quitan todos los males, hombre.

—Vete al diablo, Ted.

Sherry lo estaba observando y al verlo sentarse en uno de los

camastros inquirió:

—¿Cómo ha ido la segunda llamada a Charles?

—Tu padre es un cerdo, nena.

—Bueno... —rió ella—. Tanto como eso...

—Cuando le dije la cantidad se puso a insultarme y me dijo todo lo que se le vino a la boca.

—¿Esperabas una sonrisa y un ramo de flores, Bert? —se burló la muchacha—. Después de todo, ese dinero lo ha ganado él y le pertenece. Comprendo que los secuestradores también tienen derecho a vivir, pero es natural que los insulten.

Bert la miró hosco.

—¿Vas a comenzar a burlarte otra vez?

—Lo siento, Bert, es mi carácter. Un siquiatra diría que mi escepticismo no es más que una coraza con la que pretendo protegerme. Ignoro si es verdad, pero no deseo tomarme la vida en serio. Créeme que no vale la pena.

—Sobre todo cuando se dispone de dinero en abundancia:

—Ese dinero es en ocasiones un estorbo, Bert. Dejando de masticar, exclamó Mackenna:

—¡Estorbos a mí!

Sherry dejó transcurrir unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué cantidad has pedido al fin?

—Setecientos cincuenta mil, Sherry.

Ted Mackenna se atragantó con un pedazo de carne y se puso a toser violentamente empezando a ponerse del color de las amapolas. Hunter le dirigió una aviesa mirada.

—¿Quieres dejar de hacer ruido, Ted?

Mackenna seguía ahogándose por falta de aire y manoteaba congestionado el rostro. Finalmente logró engullir la carne y se le saltaron dos lágrimas como puños.

Bert lo observó y comentó despectivo:

—Te has puesto sentimental al escuchar la cifra, ¿eh, Ted?

—Me... estaba ahogando, Bert —logró articular Mackenna—. ¿Por qué no me diste unos golpecitos en la espalda?

—Sigue comiendo y calla, Ted.

—Ya he terminado, Bert. Sólo queda tu pitanza.

—Puedes comértela también. Yo no tengo hambre.

Al hombrón se le hizo la boca agua. No obstante, dijo con

entonación indolente:

—Haré un esfuerzo porque es una pena que este manjar se desperdicie, ¿entiendes?

—Del todo, Ted; come y calla.

Sherry volvió a la carga preguntando:

—¿Qué te dijo mi padre, Bert?

—Me puso como un guiñapo eh maldito.

—Eso ya lo dijiste. ¿Está dispuesto a pagar?

—Dijo que sí. Y agregó que si tocábamos un solo cabello tuyo no habría lugar en el mundo para escondernos. Mañana lo tengo que volver a llamar y me dirá el día en que tendrá dispuesta la cantidad.

—No le resultará fácil reuniría, Bert —meditó la chica—. Los grandes hombres de negocio lo tienen todo invertido y hay muy pocos que tengan esa cantidad disponible en efectivo. Tendrá que desprenderse de acciones de gran valor.

Bert encogió los hombros.

—Ese problema es de él.

—Y me alegro de que lo sea, Bert —aseguró Sherry con los ojos brillantes—. Charles Bellamy comprobará que el dinero sólo tiene el valor que se le quiera dar.

Ted Mackenna acabó de comer y se levantó estirándose. Después brotó de su garganta un eructo mezclado con un bostezo y se encaminó decidido a uno de los camastros. Hunter levantó una mano conteniéndolo.

—¿Adónde te imaginas que vas, Ted?

—Después de una buena cena me entra mucho sueño, Bert.

—De eso nada, rico; sólo hay dos camas aquí. Mackenna reflejó una expresión de alarma en el rostro.

—Eh, Bert, no estarás pensando que...

—Exacto, Ted. Busca una manta y duerme en el suelo. Recuerda que yo soy el jefe del MEV.

—Pero... ¡ni siquiera tenemos mantas, Bert!

—Entonces pégate a la estufa como los gatos, Ted. Lo siento, chico, las cosas son como vienen. No pretenderás que Sherry duerma en el suelo después de haberte guisado, ¿eh?

—No, pero...

—No vamos a discutir ahora por una tontería, Ted. Sólo serán unas noches. Puedes consolarte pensando en tu parte.

Hunter se levantó dirigiéndose a la puerta.

—Y vamos a dormir que hay que ahorrar corriente eléctrica.

Cerró con llave y se la metió en el bolsillo. Como viera que Sherry lo observaba explicó:

—Es una simple medida de precaución, nena.

—No te fías de mí, ¿verdad?

—Sólo deseo evitarte tentaciones. Vamos, no seas quisquillosa y métete en la cama.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No tuve tiempo de traerme el camisoncito.

—Pues duerme sin él. Te prometo que no vamos a mirar.

Ted Mackenna se estaba tumbando junto a la estufa y levantó la cabeza con presteza.

—Te juro que no miraremos, Sherry.

La muchacha pudo ver el brillo de sus pupilas.

—No te creo, Ted.

—Por mi padre, Sherry. Hunter intervino burlón:

—¿Conseguiste averiguar por fin el nombre de tu padre, Ted?

Mackenna masculló una maldición entre dientes y se echó en el suelo volviéndose de espaldas.

Hunter se disponía a apagar la luz cuando sonaron unos golpecitos en la puerta del estudio.

Bajo la atenta mirada de Sherry y Ted se dirigió a ella y preguntó a través de la madera:

—¿Quién es?

—Vengo a mirar el contador del gas —dijo una voz al otro lado—. Abra en seguida, amigo.

El joven hizo una señal a su amigo y Ted se incorporó sacando la pistola de la funda sobaquera.

Hunter también empuñó su propia pistola y sacó la llave del bolsillo aproximándola a la cerradura.

—Mi madre siempre me dijo que desconfiara de los cobradores del gas, Ted.

—¡Qué casualidad! Lo mismo me decía la mía.

—Sobre todo si se presentaban por la noche. Escóndete en un rincón, Sherry.

—Puede ser un empleado de la compañía del gas realmente,

Bert.

—Y también puede ser un gato trasnochador, nena. Anda, quítate de la circulación que habrá corriente de aire cuando abra la puerta.

Ambos amigos se hallaban pendientes de la puerta.

Por eso respingaron sorprendidos al escucharse ruido de cristales rotos. De las alturas les llegó nítida una voz:

—Al menor movimiento os convierto en coladores, amigos. Dejad caer las pistolas ahora mismo.

Bert y Ted obedecieron cogidos por sorpresa.

—Ahora os podéis volver sin prisas. Los dos amigos lo hicieron.

Por el hueco de la claraboya pudieron ver el rostro pecoso de Joel Frost. Sostenía una metralleta en las manos y el cañón los enfocaba malévolamente.

CAPÍTULO V

Ted Mackenna examinó atentamente la metralleta que manejaba el pelirrojo Frost y dio un codazo a Hunter.

—Eh, Bert, ¿qué hace ese fulano con mi regadera? El joven soltó un gruñido.

—No es la tuya, so pamplinas.

—Pues yo diría que...

—Se trata de una idéntica, pero repito que no es la tuya, Ted. No me seas cabezotas.

—Basta de charla, amigos —cortó Frost moviendo el cañón—. Vamos, abrid la puerta para que entren mis compañeros.

Mientras Bert obedecía, se dirigió Joel a Sherry:

—Permanezca donde está, señorita Bellamy. Con estos tipos no se sabe nunca cómo acabará la cosa y puedo verme obligado a disparar.

Sherry asintió, pálido el rostro.

Bert franqueó la entrada y penetraron en el estudio tres individuos de pésima catadura. Uno de ellos levantó la mirada a la claraboya y sonrió a Frost.

—Se te ocurrió una buena idea, Joel.

—Cuida de ellos mientras bajo de aquí y me reúno con vosotros, Hull.

—Descuida, Joel. Van a portarse como buenos chicos, ¿verdad, muchachos? Hunter levantó los hombros rabioso consigo mismo.

—No tenemos más remedio.

—Eso es —se regocijó el llamado Hull, un sujeto de cerrada barba y ojos hundidos en las cuencas—. Hay que saber reconocer cuando se tiene la contraria.

Los dos compañeros de Hull recogieron del suelo las pistolas de Bert y Ted introduciéndoselas entre camisa y pantalón. Hunter y Mackenna quedaron rodeados por los tres tipos.

Joel Frost no tardó en aparecer en la puerta y cerró tras él.

Luego se quedó mirando a Bert y Ted con un extraño brillo en las pupilas y una media sonrisa socarrona en los delgados labios. Chasqueó la lengua sacudiendo la cabeza.

—Os habéis metido en un buen lío, chicos. Nada menos que secuestrar a la hija del poderoso Charles Bellamy.

Bert replicó áspero:

—Déjate de comentarios, polizonte. Empieza a informarnos de nuestros derechos y llévanos a la comisaría.

Frost dejó escapar una suave risita.

—Crees que somos policías, ¿eh? Hunter arrugó el ceño.

—¿No?

—Trabajamos para el señor Bellamy por desgracia vuestra. ¿Tú eres Hunter o Mackenna?

—Bert Hunter.

—Muy bien, Bert —siguió burlón Frost—. Pues como te iba diciendo, es una pena para vosotros que no seamos policías. Porque la cosa cambia de forma considerable.

El joven levantó los hombros indiferente.

—No veo la diferencia.

Joel Frost cambió una mirada con el llamado Hull y ambos se sonrieron con regocijo.

—¿Qué te parece, Hull? —preguntó Joel—. El granuja de Hunter dice que no aprecia la diferencia.

—Debe de estar ciego, Joel.

—¿Qué le diremos al señor Bellamy cuando nos presentemos ante él, compañero?

—Estos sujetos se resistieron y hubo que tirar a matar, Joel. La cosa no tiene vuelta de hoja.

—Se olvidan de algo, amigos —dijo Ted.

—¿Sí, Mackenna?

—La chica es paja, ¿o qué? Ella no puede conchabarse con criminales como vosotros y cantará la verdad.

Joel Frost tornó a reír bajito.

—La señorita Bellamy está muy afectada por el mal rato que le habéis hecho pasar, Mackenna. Padece un *shock* y no ha podido ver realmente lo sucedido.

Sherry avanzó unos pasos y dijo serena:

—Se equivoca, Frost. Domino totalmente mis emociones y declararé que ha sido un asesinato.

Joel la miró inexpresivo.

—Usted no puede hacernos una cosa así, señorita Bellamy.

—Llévenos en seguida ante mi padre. Frost movió la cabeza en lenta negativa.

—Lo siento, señorita Bellamy, tengo que cumplir con mi obligación. Y estos fulanos no merecen perdón. Son carne de horca.

Los ojos de Sherry relampaguearon.

—Mi padre no les ha podido ordenar un crimen, Frost.

—Bueno... —comenzó a decir Joel pasándose la mano por la nuca—. Eso es cierto. Pero nos dijo que podíamos actuar a nuestro albedrío. Lo único que le interesaba era su integridad física.

—En ese caso no debe preocuparse, Frost. Mi integridad física es perfecta —hizo Sherry una pausa y añadió—: Si disparan contra dos personas desarmadas y a su merced será un asesinato en primer grado. Estoy dispuesta a declararlo donde sea.

Frost apretó los labios furioso y sus tres compinches empezaron a removerse inquietos. Al fin soltó un gruñido:

—¿Por qué lo pone tan difícil, señorita Bellamy? Sólo tiene que esperarnos unos segundos en la escalera y...

—No te esfuerces en convencerlo, Sherry —intervino Hunter—. Hace rato que me he dado cuenta de lo que son estos individuos; sádicos sedientos de sangre.

Se hizo un silencio y después de unos instantes propuso Frost:

—¿Qué me dice si les damos una oportunidad, señorita Bellamy?

—Ya he dicho cuánto tenía que decir, Frost.

Joel hizo una indicación a los hombres, que recogieron las armas de Ted y Bert del suelo. Éstos sacaron las pistolas y las depositaron en el suelo a unos tres metros de distancia. Frost las señaló con el cañón de la metralleta.

—Podéis cogerlas, Hunter. Bert sonrió torcidamente.

—Antes de tocar siquiera la culata estaríamos fritos, Frost. Joel hizo una nueva señal a sus hombres.

—Guardad las pistolas, chicos. Que no se diga que no damos facilidades.

Sus tres compañeros insertaron las armas en las fundas sobaqueras y en sus labios descubrió Bert una leve sonrisa de

satisfacción apenas dibujada.

Ted señaló hosco la metralleta que empuñaba Frost.

—¿Y la regadera, qué? ¿Vas a dejarla también apoyada en la pared?

—No seas abusón, muchacho —recriminó risueño Joel—. Tú no quieres una oportunidad, sino la sartén por el mango.

Mackenna sopesó la posibilidad de saltar sobre él, pero desistió pensando que no tendría tiempo de sorprenderlo.

Bert cambió una mirada de inteligencia con Sherry y empezó a aproximarse lentamente al lugar donde se hallaba su automática.

Frost le dejaba hacer observándole de reojo en tanto conversaba con Mackenna. Su dedo índice comenzó a curvarse sobre el gatillo presto a disparar en rápida ráfaga.

Ted se percató de sus intenciones y advirtió a su amigo:

—Cuidado que quiere hacerte un respunte en la chaqueta, Bert.

Hunter ya estaba rozando el arma con la suela del zapato. Confió en que Sherry hubiese comprendido el mensaje mudo que le envió con los ojos y súbitamente se inclinó empuñándola.

Frost comenzó a disparar la metralleta.

Sin embargo, la primera rociada de balas hizo añicos los cristales de uno de los ventanales del estudio. Sherry se había ido acercando a Frost y en el momento en que éste apretaba el gatillo, saltó sobre él desviando el cañón.

Joel imprecó una maldición.

Empujó con el codo a la chica y ésta rodó por el suelo.

Quiso enfocar de nuevo a Hunter, pero el joven le llevaba ya ventaja y disparó sobre él metiéndole un balazo en la boca que le salió por la nuca tras causarle un destrozo en la dentadura.

Los otros tres tipos no esperaban aquello y llevaron precipitadamente las manos a las axilas.

Ted Mackenna saltó en el aire con increíble agilidad debido a su gran envergadura. Las dos piernas se distendieron y sus zapatos contactaron con dos mandíbulas enemigas. Se escuchó crujidos de huesos rotos, acompañados de dos aullidos.

Hull, entretanto, había logrado sacar su pistola.

Bert no tuvo otra opción que meterle un balazo en las tripas y el sujeto le dedicó una respetuosa reverencia que se prolongó demasiado. Acabó sin poder controlar el equilibrio y su frente

golpeó contra el suelo. Allí se puso a patalear sin hacer ningún ademán por levantarse.

Ted tenía aferrados a los otros dos por los cabellos y hacía entrechocar sus cabezas una y otra vez.

Bert tuvo que advertirle:

—Ya tienen bastante, Ted. Si continúas se te quedarán en nada.

Mackenna los soltó y los individuos cayeron convertidos en muñecos de trapo.

Bert se percató que Sherry estaba a punto de desmayarse y acudió a su lado sosteniéndola por un brazo. Contemplando el lívido rostro de la chica, indagó:

—Son tus primeros muertos, ¿no? Ella afirmó con la cabeza.

—Si deseas vomitar, hazlo, Sherry —dijo Bert—. Nos haremos cargo. Sherry movió ahora la cabeza en sentido negativo.

—¿Crees que puedes seguir manteniéndote derecha? —le preguntó Bert—. No me engañes.

Después de mover varias veces los labios, pudo articular ella:

—Ya... está pasando, gracias.

—La primera vez siempre es terrible.

—Es una experiencia horrenda, Bert.

—Es cuestión de pensar en que se trata de ellos o nosotros. Acabas habituándote, a la larga. Hay que largarse en seguida de aquí.

Ted vino a su lado.

—¿Crees que nos estén aguardando otros en la calle, Bert?

—Sólo hay una forma de comprobarlo, Ted.

—Bajando a verlo, ¿no?

—Exacto. Y tenemos que hacerlo sin perder ni un instante.

CAPÍTULO VI

Nadie los esperaba en la calle.

Bert Hunter procuró cerciorarse bien de ello antes de salir, adoptando todo tipo de precauciones. Una vez se hubo convencido de que nada anormal sucedía, hizo una señal a Sherry y a Ted para que se reuniesen con él.

No dejaba de pensar ni un momento en aquella extraña situación.

En buena lógica, Sherry Bellamy tenía la obligación de portarse como una víctima. Sin embargo, la muchacha se tomaba con desenfado la postura y no sólo eso, sino que incluso colaboraba con ellos en contra de los hombres de su padre.

Todo aquello lo tenía intrigado en extrema.

—¿Qué hacemos ahora, Bert? —preguntó a su lado Sherry—. Creo que nos están espiando desde alguna ventana.

—Tenemos que largarnos antes de que acuda la poli...

Guardó silencio sin concluir la palabra. A lo lejos comenzó a escucharse el ulular de las sirenas policiales. Hunter agradeció el sistema establecido porque de esa forma los delincuentes siempre disponían de una ocasión para escapar.

—¡Vámonos de aquí!

Los tres se alejaron andando rápido en dirección contraria a la procedencia del ruido de sirenas. Sherry tenía que hacer un esfuerzo para mantenerse a la altura de los dos amigos, y la enlazó Bert del brazo.

Caminaron un buen trecho sin aflojar la marcha, pero sin correr para no llamar la atención de los transeúntes. Cuatro manzanas más allá se detuvieron al fin y preguntó jadeante Sherry:

—¿Y ahora qué, Bert?

—Todo lo tenemos previsto, nena —replicó tratando de acompasar la respiración el joven—. Disponemos de otra

madriguera para un caso de emergencia como éste.

—¿Sí?

—Iremos a él, pero antes déjame darte las gracias por tu valiosa ayuda.

Y sin que Sherry lo esperase le abarcó la cintura y tirando con firmeza de ella la apretó contra su cuerpo. Sólo tuvo que inclinarse levemente y sus bocas se unieron en cálido beso. La chica correspondió entreabriendo los labios.

Al soltarla Bert, dijo risueña:

—Me ha gustado tu forma de dar las gracias, Bert. Te lo recordaré cada vez que te haga un favor.

—El gusto ha sido recíproco, hermosa. Sherry lo miró fijamente a los ojos.

—Podríamos formar una extraordinaria pareja tú y yo, Bert —propuso entusiasmada—. Haríamos una fortuna actuando juntos.

—¿Asaltando Bancos y otras bagatelas?

—Eso es, Bert.

—Oye, Sherry..., los tiempos de Bonnie y Clyde quedaron muy lejos en el pasado.

—Podríamos revivirlos.

—No me gustó la forma en que acabaron, nena.

—Para nosotros sería distinto, Bert.

—¿Qué te lo hace suponer?

—Tú y yo somos diferentes, Bert.

Ted Mackenna tocó en el hombro a su amigo.

—Eh, Bert, yo también le estoy muy agradecido a la chica. Sin girar la cabeza le contestó Hunter:

—Escríbelo en una tarjeta postal y envíasela por correo, Ted.

—No hay derecho, hombre —se lamentó Mackenna—. Siempre lo tienes que acaparar todo.

Bert Hunter se giró despacio y lo miró frío a los ojos.

—¿Quieres quedarte sin tu parte del botín, Ted? —amenazó torvo—. El que ella haya guisado para ti no significa nada. Es cosa mía.

Sherry alargó una mano y la posó en el brazo de Mackenna.

—Podemos ser buenos amigos, Ted.

—¡Menudo consuelo!

Hunter endureció el semblante.

—Eres un grosero, Ted. Cualquier día te voy a hacer una trepanación craneal. Anda, busca un taxi que nos lleve a casa de Erika. De nuestro coche hay que olvidarse.

Minutos después detuvo Mackenna un taxi y los tres se introdujeron en él. Hunter facilitó la dirección:

—Calle Ochenta y Seis Este, junto a Central Park.

—Muy bien.

El taxista arrancó conduciendo expertamente y después de un trecho comentó:

—Vaya jarana se ha armado a unas manzanas de aquí. Está todo lleno de ambulancias y coches de la policía. Dicen que se han cargado a una docena de fulanos.

—Sólo han sido dos, y otros... —empezó a decir Ted.

Se mordió el labio poniéndose amarillo al recibir el codazo en el hígado que le aplicó Bert. Y respondió el joven al comentario del taxista con cara de circunstancias.

—Esta ciudad se está convirtiendo en un verdadero asco para la gente honrada, amigo. Cada día resulta más difícil vivir en ella.

—Me parece que no acabo de comprenderlo, Richard —resolló Charles Bellamy—. Peter hace un trabajo extraordinario y logra engañar al capitán Winslow. Sin que éste sospeche nada consigue que Nora identifique a los secuestradores sin lugar a dudas. A uno de ellos por lo menos. Encima tenemos la suerte de dar con el paradero de ese individuo y ahora me vienes diciendo que han escapado después de matar a Joel y a Hull, hiriendo gravemente a Jim y a Greaves. ¿Lo he entendido bien?

Richard Talbot efectuó una lenta cabezada y se miró la punta de los zapatos.

—En efecto, señor Bellamy.

El padre de Sherry reflejó en su rostro una expresión apenada.

—Te creí más inteligente, Richard, de veras.

—Yo puedo explicarle...

—¡No puedes explicar nada, Richard! —estalló Bellamy de repente—. Absolutamente nada.

En el despacho se hizo un pesado silencio.

Talbot mantuvo la mirada fulgurante de su jefe, en tanto Peter Rank y Mark Forbes se mantenían como ausentes de la reunión. Transcurridos unos segundos, siguió más calmado Charles Bellamy:

—¿Por qué tenías que enviar precisamente a Joel y su gente, Richard? Te constaba que sólo eran bestias incapaces de razonar. Tú mismo sugeriste mantenerlos al margen, infiernos.

—Fue antes de que averiguáramos el paradero de esa gente, señor Bellamy —se defendió Talbot—. En aquellos momentos hacían falta hombres con agallas para rescatar a la señorita Sherry. No quiero decir con esto que los chicos de Peter y Mark carezcan de valor... Lo que ocurre es que los hombres de Joel, y él mismo, eran los más indicados en mi opinión. Por la falta total de escrúpulos.

Bellamy lo miró al rostro.

—Pudiste consultarme, ¿no?

—Intenté localizarlo, señor Bellamy. Llamé a casa de la señorita Graham y no contestó nadie. Luego probé en varios restaurantes de los que frecuenta y...

Bellamy lo atajó con un brusco ademán.

—Está bien, Richard, está bien. Pero sigo opinando que cometiste un error enviando a Joel. Para un caso como éste se requiere fuerza con una dosis de astucia. Peter era el más indicado.

El aludido despreciaba íntimamente a Talbot y en sus ojos hubo un brillo ufano. Talbot murmuró contrito:

—Comprendo ahora que me equivoqué, señor Bellamy.

El padre de Sherry le dirigió una mirada no exenta de dureza, aunque el tono de su voz fue casi amigable:

—Soy condescendiente con las personas que me sirven fielmente, Richard. Lo sabes. Siempre me has servido muy bien y éste es el primer error que cometes. Lo único que sucede es que no puedo perdonar dos equivocaciones seguidas, ¿me comprendes?

Talbot dio una cabezada afirmativa.

—Sí, señor.

—Pues no lo olvides, Richard.

—Descuide, señor Bellamy. Me aseguraré bien antes de dar el siguiente paso. Y por su hija no debe preocuparse. Ahora tenemos una pista en la que trabajar y daremos con ella.

—Será mejor para ti, Richard.

En aquel momento se encendió una lucecita roja en el interfono sobre la mesa. Charles Bellamy pulsó una tecla y rugió:

—¡Le dije que no estaba para nadie, Mildred!

Pero la que respondió no fue la voz de su secretaria, sino una,

bronca, de inflexión masculina:

—Le conviene estar para mí, Bellamy.

Y a continuación se dejó oír la voz de Mildred:

—Es el capitán Winslow, señor Bellamy.

El poderoso hombre de negocios quedó unos instantes dubitativo. Luego pulsó de nuevo la tecla y dijo:

—Por favor, aguarde un minuto, capitán. Le recibo en seguida.

Cortando la comunicación, se dirigió a sus hombres:

—Salid por la otra puerta y continuad con el trabajo. Quiero a Sherry antes de mañana por la noche.

Los tres subordinados se marcharon y Charles Bellamy salió al encuentro del capitán Horace Winslow instantes después. Sonrió ampliamente invitándole a entrar.

—¿A qué debo el honor de su visita, capitán? El policía lo miró inexpresivo.

—No disimule, Bellamy. Lo sabe de sobra.

—No le entiendo.

—Me entiende perfectamente. Joel Frost, Sam Hull, Tom Greaves y Jim Harlow, están inscritos en su nómina. Los dos primeros han muerto y los otros se encuentran gravemente heridos.

CAPÍTULO VII

Erika Olsen abrió la puerta de su apartamento y también abrió mucho la boca y los ojos contemplando a las tres personas situadas ante ella. Puso los brazos en jarra y mirando especialmente a Bert Hunter, exclamó irónica:

—¡Vaya! Pero si son los muchachos perdidos en el Himalaya.

—Déjate de sarcasmos, Erika —masculló Bert empujándola suavemente—. Pedimos asilo político en la Embajada sueca y no nos lo puedes negar.

—Te has equivocado de dirección, Bert. Esto es un domicilio particular, aunque mi nacionalidad sea sueca.

Hunter fingió asombro.

—¿De veras?

Erika estaba por los treinta. Era rubia y de formas exuberantes. No podía negar su ascendencia nórdica. Ahora miró escrutadora a Sherry y preguntó:

—¿Una nativa del Himalaya? No supuse que estuvieran tan avanzados por aquellos lugares, chicos. Si hasta parece una niña acomodada yanqui, de verdad.

Sherry apretó los labios y se dispuso a replicar airadamente.

Se interpuso Bert, que siguió empujando a Erika sin brusquedad hacia el interior.

—Estamos en un apuro, Erika. Necesitamos tu ayuda.

Todos habían traspuesto ya la línea de entrada y Mackenna cerró la madera reuniéndose con ellos.

Erika movió la rubia melena haciendo un gesto de fastidio.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos, chicos? Hace tanto tiempo que no puedo acordarme.

Ted Mackenna dio un manotazo al aire.

—Eso es agua pasada y mejor no recordar, guapaza. ¿Vas a ser rencorosilla con tus viejos camaradas?

La sueca lo miró, chispeantes las pupilas.

—Me parece que sí, grandullón.

—Vamos, mujer...

—Cállate si no quieres que te haga surcos en las mejillas para sembrar patatas.

—No la exasperes, Ted —recomendó calmoso Bert—. Erika acaba siempre por ser comprensiva cuando no se la exaspera, hombre. A fin de cuentas, somos viejos amigos.

La rubia cambió el tercio y se preocupó de detallar a Sherry con la mirada descaradamente.

—Dime una cosa, Bert —pidió—. ¿Esta chica es lo que aparenta o pertenece también al oficio?

En esta ocasión se encargó Sherry de adelantarse a Hunter y preguntó en tono que no dejaba lugar a dudas respecto a su hostilidad:

—¿A qué oficio te refieres, rubia?

—¿A cuál iba a ser, nena? Al más antiguo del mundo.

Sherry apretó los puños con rabia y sus pupilas fulguraron. Quiso abalanzarse felinamente sobre la rubia como una pantera herida.

Hunter logró interponerse a tiempo y levantó ambas manos diciendo en tono conciliador:

—Vamos a comportarnos como personas civilizadas y no como lo que somos, ¿eh? Armonía y buena voluntad por todas partes. Ya no se lleva eso de arrancarse mutuamente los cabellos, muchachas.

—Me estás pidiendo un imposible, Bert —dijo Sherry sordamente—. Tratar con furcias me produce náuseas.

Erika abrió mucho los ojos reflejando un profundo asombro en sus facciones.

—¡Ésta sí que es buena, hombre! —exclamó atónita—. La acojo en mi casa y, de pronto, se pone a insultarme.

Hunter terció de nuevo intentando poner paz.

—Sherry no ha querido insultarte, Erika. Díselo, Sherry.

La chica se colocó frente a la sueca y después de mirarla fijamente a los ojos, insultó:

—¡Furcia barata!

Hunter imprecó una maldición.

—¡Infiernos, Sherry, eso no! ¿No te das cuenta de que la

necesitamos como el comer? Erika estaba roja de ira y movió los labios queriendo pronunciar unas palabras que no acababan de salir. Se había encasquillado momentáneamente, pero de repente estalló:

—¡Estoy harta de ti y tus cochinos líos, Bert Hunter! Si has pensado que soy una marioneta...

—¿Quién ha pensado eso, Erika?

—¡Llévatela de aquí en seguida!

—No puedes echarnos a la calle, Erika.

—Dame ahora mismo una poderosa razón, Bert —pidió la sueca—. Pero que sea realmente buena.

—Hay un montón de dinero de por medio, Erika —confesó Hunter sin titubeos—. Tan sólo pretendemos estar aquí tres o cuatro días. Hasta que el asunto se solucione.

Erika lo miró perpleja.

—¿Tres o cuatro días dices? ¿Acaso te imaginas que esto es el Waldorf? Quítatelo de la cabeza, Bert.

—Ted y yo podemos dormir en el saloncito, Erika.

—Ni hablar.

—Dos mil dólares.

La sueca dejó de mover la cabeza en sentido negativo quedándose muy quieta.

—¿Cómo has dicho?

—Tendrás dos mil dólares cuando esto acabe, Erika.

La rubia volvió a examinar a Sherry y después de unos segundos pensativa, indagó:

—¿Cómo se llama ésta?

—Sherry Bellamy.

—¿La hija del Bellamy que me imagino?

—Exacto.

—Oye, Bert... —empezó a protestar la sueca—. Confieso que dos mil dólares me vendrían de perlas, pero el asunto debe quemar y no deseo un incendio en tomo mío.

—Somos buenos bomberos Ted y yo.

—A pesar de eso —insistió terca la rubia—. Quiero que salgáis de aquí pitando, Bert.

Compréndelo, muchacho, me estás pidiendo que toque la luna con la mano.

Hunter dirigió a Mackenna una mirada de complicidad. Luego alargó el brazo y extendió el índice apuntando a Erika.

—Sabes cuál es tu trabajo, ¿eh, Ted?

El grandullón dio una cabezada.

—Me lo imagino, Bert.

—¿Y a qué estás esperando? Ponte en movimiento, muchacho. Tienes que conseguirlo porque no podemos salir de aquí.

Ted Mackenna empezó a caminar en dirección a la sueca sin perderla de vista ni un segundo.

Erika retrocedió un paso y levantó las uñas engarfiadas.

—Si te acercas te araña, Ted.

—¿Eso tan feo le harás a tu nene bonito, guapaza?

—Ted...

Mackenna se hallaba a su lado y cuando la rabia lanzó el zarpazo la atrapó por la muñeca con fuerza. Tiró de ella bruscamente y al instante siguiente la tenía apretada entre sus brazos.

Fue un beso tan largo que Bert tuvo que tocarle el hombro dándole la señal de parar.

Cuando Ted despegó la boca, musitó Erika:

—De acuerdo, chicos. Pero sólo tres días.

—Eso está bien, Erika.

—Vamos, Ted, ¿a qué esperas para seguir besando?

A Charles Bellamy no le costó demasiado deshacerse del capitán Horace Winslow, a pesar de que éste lo atosigó a preguntas.

Le contó un buen cuento respecto a que Joel Frost y sus tres hombres andaban tras la pista de los ladrones de una joyería y era todo cuanto le podía decir.

Realmente se había cometido un importante robo días atrás y varias compañías de seguros andaban persiguiendo por su cuenta a los asaltantes. El capitán tuvo que dar por buena la explicación de Bellamy, pero antes de irse aseguró que todo quedaría claro en su día.

Charles Bellamy encogió los hombros indiferente.

Luego, al quedar solo, consultó su reloj y al darse cuenta de lo tarde que era despidió a su secretaria; En el edificio apenas quedaban unas diez o doce personas.

Salió a un restaurante próximo, pero no consiguió comer nada.

Toda su mente se hallaba repleta del problema y sobre todo de la imagen de su hija Sherry. Quizá no supo ser un buen padre como dijo Nora, pero en el fondo le constaba que la quería más que a nada en el mundo.

Regresó a su despacho cuando las manecillas del reloj marcaban unos minutos más de la medianoche.

Preguntó a Talbot y éste le contestó que seguían sin nada positivo.

Bellamy se dedicó a beber y a fumar sin cesar. Estaba seguro de no poder conciliar el sueño y prefería estar allí.

Llamó Nora por teléfono preguntando por Sherry. Bellamy le informó de que no sabían nada concreto respecto a ella y la siquiatra se brindó a hacerle compañía.

Bellamy la rechazó, procurando no herir sus sentimientos. Prefería estar solo.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón mientras fumaba en actitud pensativa. Sin darse siquiera cuenta el sueño se apoderó de él.

De pronto saltó del sillón sobresaltado.

Uno de los teléfonos estaba sonando sobre la mesa. En el suelo, junto al sillón, una colilla encendida había dejado la huella alargada de una quemadura sobre la alfombra.

Bellamy atrapó el auricular y rugió:

—Bellamy.

Al otro lado del hilo se escuchó una voz burlona.

—No me diga que lo he despertado, amigo Bellamy.

El padre de Sherry apretó furiosamente las mandíbulas.

—¡Maldito hijo de perra...! —Silabeó con odio intenso—. Si le ocurre algo a mi hija...

CAPÍTULO VIII

En una de las cabinas públicas de Central Park, volvió a reír bajito Bert Hunter con el teléfono pegado al oído.

—Cuide su lenguaje, Bellamy, empiezo a cansarme de sus insultos. ¿Ha reunido ya el dinero, o aguardaba a que sus esbirros lograran evitarle el pago?

A través del hilo le llegó nítida la voz rabiosa de Bellamy:

—¿Supone que se puede reunir una cantidad como ésa en unas horas, condenación?

—Me hago cargo, Bellamy. Sólo deseaba hacerle saber que el tiempo corre y mañana expira el plazo. Tendrá que tener el dinero en su poder y ya le indicaré la forma en que me lo entregará.

—Deberá darme garantías de la vida de Sherry.

—Las condiciones las impongo yo, Bellamy. Eso es algo que le conviene no olvidar.

—¿Cómo está mi hija?

—De primera.

—Si le toca un solo cabello...

—No se encuentra en condiciones de amenazar, amigo Bellamy —recordó pausadamente Hunter—. Yo, en cambio, sí puedo hacerlo. Si se le ocurre enviarme de nuevo a sus gorilas, su hija lo pasará mal. Se la devolveré, pero... en un estado que no le gustaría.

—¡Maldito perro...!

—¿Ya empezamos otra vez con los insultos?

La voz de Charles Bellamy se ablandó considerablemente. Sonó patética al suplicar:

—Por favor..., no hagan daño a Sherry.

—Depende de usted, Bellamy. Ya le he prometido que nada le ocurrirá a su hija si cumple su parte. Pero deberá tener mañana los setecientos cincuenta mil dólares.

—Es una cantidad fabulosa.

—Usted es un potentado, Bellamy.

—¡Los millonarios lo tenemos todo invertido! —chilló angustiado el padre de Sherry—. ¿No se da cuenta de que una cantidad como ésa es muy difícil de conseguir en efectivo?

—Usted lo conseguirá, amigo Bellamy. Me defraudaría en caso contrario, de veras.

—Voy a intentarlo y espero conseguirlo. Pero sobre todo no hagan nada a Sherry. No quiero amenazarlo, amigo, pero si causan algún daño a mi hija, prometo que gastaré todo mi capital en buscarlo. Hasta el último centavo por tenerlo frente a mí. Y entonces...

—Tengo que colgar, Bellamy —interrumpió Hunter.

—¡Espere...!

—No puedo, lo siento.

—Hemos de seguir hablando.

—De eso puede estar seguro, Bellamy. Aún no terminé de decir todo lo que tengo pendiente. Ahora son... las seis de la mañana. Volveré a llamarlo sobre las siete.

Charles Bellamy escuchó el chasquido que cortó la comunicación al otro lado. Sin soltar el auricular marcó un número interior del edificio y en seguida le respondió Richard Talbot:

—Diga, señor Bellamy.

—Sube a mi despacho, Richard.

A continuación ahorquilló y comprobó que en efecto eran la seis de la mañana. No comprendía cómo había podido dormirse.

Charles Bellamy acabó su relato:

—Ésa ha sido la conversación que he sostenido con el secuestrador, Richard.

Talbot se pasó la diestra por el mentón sin afeitarse. Los ojos enrojecidos ponían de manifiesto que no había dormido en toda la noche. Movi6 la cabeza pesados.

—Temo que esa gente esté dispuesta a todo, señor Bellamy.

—¿Sigues sin tener nada concreto? Richard Talbot negó desalentado.

—Tengo a todo el personal trabajando en ello, señor Bellamy. Peter se mueve con todos sus efectivos y lo mismo hace Mark Forbes. Han pasado la noche comunicando conmigo cada hora y aún no tenemos nada donde agarramos. Esperamos ansiosamente

hallar una pista por insignificante que sea. Y le juro que esta vez no fallaré.

A Charles Bellamy le constaba la fidelidad e inteligencia de su hombre de confianza.

Antes le había echado la bronca delante de los otros. Ahora encogió los hombros diciendo:

—Olvídalo, Richard. El destino nos juega a veces estas malas pasadas. Sé que no fallarás en una segunda ocasión.

Después de las palabras de Charles Bellamy gravitó sobre ellos un pesado silencio. Bellamy consultaba continuamente el reloj con ademanes nerviosos.

Talbot pidió café por un teléfono y poco después se lo traían. Ambos hombres bebieron en silencio el negro brebaje mientras los minutos transcurrían con desesperante lentitud.

De pronto repiqueteó uno de los teléfonos.

Charles lo atrapó de un manotazo aproximándolo a la oreja.

—Bellamy.

—Otra vez estoy aquí, amigo Bellamy —anunció la misma voz de antes—. Ahora le telefono desde el otro lado de la ciudad. ¿Sabe por qué adopto tantas precauciones?

—No tengo ni la menor idea.

Una risita suave hirió el oído de Bellamy.

—No sea embustero, hombre. Tienen el teléfono intervenido y ahora están tratando de localizar de nuevo mi llamada, ¿eh?

—Ignoro de qué me habla.

—Vamos, Bellamy, no soy tan ingenuo. Estuvo a visitarlo el capitán Winslow, ¿no? No me salga ahora con que era una visita de cumplido porque no voy a creerlo. Hace mal involucrando a la policía en el asunto. Siempre acaban complicándolo todo.

Richard Talbot, que escuchaba por un supletorio, frunció el ceño. Bellamy atirantó el semblante y silabeó:

—Escuche; me conoce muy poco si me supone capaz de pedir ayuda a la policía.

¿Cómo se enteró de la visita de Winslow?

—No esperará que se lo diga, ¿verdad?

—El capitán Winslow vino a verme porque ustedes mataron a dos de mis hombres y deseaba saber el caso en el que trabajaban.

—¿Fue sincero con Winslow?

—Naturalmente que no.

Se hizo un corto silencio y luego dijo la voz:

—Quiero creerlo por el bien de Sherry, amigo Bellamy. Será mucho mejor para ella que esté diciendo la verdad. Podría..., ¿cómo diría yo? Ocurredle un accidente irreparable.

Con voz queda repitió Bellamy la súplica de la vez anterior:

—No la toquen, por favor.

—De momento no debe preocuparse si me está diciendo la verdad, Bellamy. Pero si por el contrario miente...

—¡Deje las amenazas!

—Calma, Bellamy, calma —recomendó sosegada la voz—. En estos casos se requiere mucha calma para que todo concluya felizmente. Siempre que reúna el dinero y obedezca mis instrucciones después, claro.

—Procuraré hacerlo.

—Tiene que conseguirlo, Bellamy. Y otra cosa...

—¿Qué?

—Si vuelve a sentir la tentación de enviarme a sus chicos, los liquidaremos como a los otros. Pero entonces introduciré una variación en el pacto; subiré el precio del rescate al millón. Y es una suma tan bonita que en realidad me tienta.

—Oiga...

—Se acabó la charla, Bellamy. Ya sabe... por si el teléfono se encuentra intervenido. Lo llamaré mañana y espero que tenga preparado el dinero. Billetes viejos y sin marcar, recuérdelo.

Charles Bellamy se quedó con las palabras en la boca. Al otro lado habían cortado la comunicación.

Apenas ahorquillar él también, dijo Talbot:

—Se trata de una organización, señor Bellamy. Tienen que ser más de tres para mantenerlos vigilados a Sherry y a nosotros simultáneamente.

El padre de Sherry dio una cabezada de conformidad.

—Lo mismo estoy pensando yo, Richard. Y me preocupa en extremo la posibilidad. Una banda bien organizada de profesionales podría darnos mucho trabajo.

Richard Talbot apuró el café que contenía su vaso de papel parafinado y a continuación lo estrujó entre los dedos en gesto de impotencia.

—Escuche, señor Bellamy —dijo con énfasis—. Durante todo este tiempo hemos dedicado nuestra mayor atención al individuo que conocemos de los secuestradores gracias a la identificación de la doctora Graham en los ficheros de la policía. Sin embargo, los resultados han sido negativos y se debe a que no lo hicimos en la forma debida.

—Habla claro, Richard.

—Estamos indagando sobre el paradero y las posibles relaciones de ese Bert Hunter. Amistades, lugares que frecuenta, amiguitas... En ningún momento lo hemos relacionado con una banda organizada del crimen. Ordenaré a Peter que investigue con prudencia ese punto. Posiblemente logremos adelantar algo. Si lo conseguimos, estudiaremos la manera de meterles mano evitando peligros a su hija.

Charles Bellamy permaneció largo rato pensativo. Luego acabó haciendo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, Richard, adelante. Talbot abandonó el despacho.

A los veinte minutos sonó nuevamente el teléfono sobresaltando a Bellamy. Era su amiga la doctora Nora Graham interesándose por el estado actual de las pesquisas. El padre de Sherry se mostró escueto, poco explícito con ella. Le ocultó las dos conversaciones de aquella mañana con uno de los secuestradores. Le dio a entender que todo continuaba en punto muerto.

A las ocho y media vino Mildred.

Bellamy comunicó a su secretaria particular que estaría toda la mañana fuera de la oficina. Tras informarla de los lugares donde lo podían localizar en caso de necesidad, salió a la calle.

Tomó un desayuno del que apenas probó bocado.

A las dos de la tarde tenía reunidos, ochocientos mil dólares en efectivo y en la forma que deseaban los raptos. Para conseguirlos se vio obligado a agotar todos sus recursos económicos. Incluso tuvo que vender un paquete de acciones a bajo precio. En la operación perdió más de cien mil dólares.

Regresó a la oficina y se puso en contacto con Talbot. Fue informado de que todo continuaba sin variación.

A las cinco de la tarde se encendió el piloto rojo del intercomunicador con la antesala. Pulsó la tecla correspondiente con ademán indolente y la voz de su secretaria anunció:

—Tiene una visita no concertada con anterioridad, señor Bellamy.

—Que la atienda Talbot, Mildred.

—Es una señorita que dice llamarse Erika Olsen, señor Bellamy. Insiste en hablar con usted personalmente.

—No estoy para visitas, Mildred.

—Perdone, señor Bellamy —insistió su secretaria—. Esta mujer asegura que se trata de algo relacionado con su hija Sherry.

Bellamy respingó saltando en el asiento. La desgana desapareció como por ensalmo en el y ordenó tajante:

—Hágala pasar en seguida, Mildred.

CAPÍTULO IX

—De modo que puede decirnos dónde se encuentra en estos momentos mi hija Sherry, ¿verdad, señorita Olsen?

La rubia y exuberante Erika miró al hombre sentado frente a ella con un atisbo de temor en las pupilas. Sentado en un ángulo de la mesa, apremió mirándola desde arriba Richard Talbot:

—Vamos, señorita Olsen. El señor Bellamy le ha formulado una pregunta. Charles Bellamy hizo un ademán dirigido a Talbot.

—No la atosigues, Richard. Seguro que la señorita Olsen desea hablar en primer lugar de la cuestión crematística. ¿Ha pensado en una cantidad concreta, señorita Olsen?

Erika tardó unos instantes en responder.

—Pues... pensé que usted me podría pagar veinte mil dólares, señor Bellamy. La vida de su hija...

Charles Bellamy la cortó levantando una mano.

—No se preocupe, señorita Olsen, la vida de mi hija vale infinitamente más de esa cantidad. Cuente con ese dinero si logramos encontrarla. Ahora debe decirnos el lugar donde la tienen.

—Son dos hombres —comenzó a decir Erika evidentemente más calmada—. Y la tienen prisionera en mi piso, un apartamento junto a Central Park, en la calle Ochenta y Seis Este.

Talbot arrugó el entrecejo.

—¿Dice que son dos hombres solamente?

—Así es, señor —asintió la rubia—. Son Bert Hunter y Ted Mackenna. Dos granujas que juegan con los sentimientos ajenos. Pero...

Como viera Bellamy que la mujer titubeara, invitó forzando una sonrisa apagada:

—Hable con libertad, señorita Olsen.

—A uno de ellos..., a Ted Mackenna, no quisiera que le ocurriese algo irreparable, ya me entienden... De los dos es el más

corpulento —hizo una breve pausa y luego añadió—: A pesar de lo que estoy haciendo siento un poco de cariño hacia él. No es malo, lo que sucede es que está influenciado por Hunter.

—Comprendo.

—¿Me promete que no le ocurrirá nada? Bellamy se masajeó el mentón.

—Bueno..., algo deberá ocurrirle, señorita Olsen, compéndalo. Puedo prometerle que evitaremos matarlo, si es a lo que se refiere.

Richard Talbot le estaba dando vueltas al asunto en su cabeza y aprovechó la ocasión para decir:

—Pero deberá colaborar con nosotros, señorita Olsen. La forma de sorprenderlos sin que hayan disparos es que usted nos acompañe. Si los cogemos por sorpresa no hará falta disparar.

Erika levantó hacia Talbot una mirada de alarma.

—Yo... no deseo verlos.

Charles Bellamy se levantó y rodeando la mesa le cogió la mano entre las suyas, palmeándosela paternalmente.

—Vamos, Erika, ¿puedo llamarla Erika? Comprenda que para no hacer daño a su amigo Mackenna hemos de actuar por sorpresa. Ellos no sospechan de usted y ése es un factor muy importante para evitar el derramamiento de sangre.

Talbot machacó sobre caliente.

—Sólo tendrá que llamar a la puerta y hablarles con normalidad. Después podrá marcharse, antes incluso de que ellos abran. Podremos detenerlos sin escándalos.

—Puede venir directamente a verme y le entregaré los veinte mil dólares, Erika —añadió Charles Bellamy—. A parte del dinero ganará mi eterno agradecimiento. La rubia lo pensó brevemente.

Luego acabó moviendo lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

—Les ayudaré.

Bert Hunter exhaló una bocanada de humo tirado hacia atrás en un confortable sillón. Sacudió la ceniza del cigarrillo y mirando al techo, comentó:

—Es muy raro tu juego, Sherry.

La muchacha se estaba comiendo unas galletas acompañadas de un vaso de leche sentada en la mesa del centro de la estancia. Suspendió en el aire una galleta mediada y miró hacia el joven.

—No te entiendo, Bert.

—Me refiero a tu colaboración con nosotros —replicó Hunter sin girarse a ella—. Tus deseos de jugar a Bonnie y Clyde no son lógicos. A fin de cuentas, eres la víctima del secuestro.

Sherry dejó escapar un suspiro.

—Creí que lo había explicado, Bert.

—Odias mucho a tu padre, ¿eh?

Ella apretó los labios dejando la galleta mediada sobre la mesa.

—Eso es asunto mío, Bert.

—Sin embargo, él te quiere, Sherry —siguió Hunter impávido—. Lo he podido comprobar a través de las conversaciones que he sostenido. Se muestra intranquilo por tu suerte.

Ted Mackenna se hallaba junto a la ventana y dejó escapar un gruñido chasqueando la lengua.

—¿A qué complicar las cosas, Bert? —inquirió fastidiado—. La chica se porta bien, que es lo importante para nosotros, ¿no? ¿Por qué meternos en asuntos ajenos?

Hunter ladeó la cabeza hacia su amigo.

—Guarda silencio, Ted.

—Ya estoy harto de que siempre me hagas callar, Bert —refunfuñó el grandullón—. Sé que tengo razón en lo que digo. A nosotros lo único que nos importa es sacarle el dinero al padre de la chica. Si ella colabora, por los motivos que sean, allá ella.

Bert miró largamente a Mackenna y sus ojos se convirtieron en dos trocitos de hielo.

—No interfieras, Ted. Esto es asunto mío.

—Sherry se te ha metido en los huesos, ¿es eso? Hunter apretó los maxilares.

—¿Quieres que me levante y la tengamos, Ted?

El grandullón masculló una maldición entre dientes.

—Está bien, ya me callo, Bert.

Sherry dejó pasar unos instantes después de la breve discusión entre los dos amigos. A continuación clavó la mirada en Hunter y preguntó suavemente:

—¿Has tenido alguna vez un animal doméstico, Bert?

—¿Un animal doméstico?

—Sí. Un perro, un gato, un canario...

—Tuve un perro, de chico —respondió Hunter mirándola ahora

gravemente—. Pero no veo la relación...

—¿Le llegaste a coger cariño?

—Desde luego. Fue mi compañero de juegos durante varios años. El día que lo atropelló aquel coche hubiera...

La muchacha invitó, sonriendo irónica:

—¿Por qué no concluyes la frase, Bert? Ibas a decir que hubieras estrangulado al conductor del vehículo, ¿no?

—Sí, pero...

—Yo soy el animal doméstico de Charles Bellamy, Bert —confesó con una mezcla de dolor y escepticismo Sherry—. Quiere tenerme a su lado y que nada me suceda, de eso estoy segura. Pero no es amor de padre lo que siente por mí.

Hunter compuso una mueca de contrariedad.

—No debes pensar así de tu padre, muchacha.

Sherry se incorporó bruscamente y sus pupilas relampaguearon fijas en el rostro de Hunter.

—¡No me digas lo que debo o no pensar, Bert!

—Vamos, cálmate, Sherry.

—Soy lo suficientemente inteligente para darme cuenta de las cosas —siguió la muchacha hablando excitada—. ¿No has podido comprobarlo por ti mismo? En él es superior su amor al dinero que cualquier otra cosa. Ha intentado liberarme utilizando a su gente y poniendo en peligro mi vida. Ante todo ha deseado evitarse el pago del rescate.

¿Eso es amor fraterno, Bert?

Hunter se pasó la mano por los cabellos y junto a la ventana carraspeó Mackenna:

—Sherry tiene razón, Bert. Charles Bellamy ha demostrado ser un maldito tacaño... Su compañero le fulminó con la mirada.

—Entretente contando los coches que vayan pasando por la calle, Ted —rugió malhumorado—. Y no vuelvas a meterte en esto.

Mackenna dio una brusca cabezada y les dio la espalda.

Bert buscó en su mente las palabras adecuadas para replicar a la chica y, al no encontrarlas, dijo:

—En ocasiones los hombres nos comportamos de forma extraña con los seres queridos, Sherry. No sabemos expresar lo que realmente sentimos, ¿me comprendes?

—No, Bert.

—Maldita sea... ¡Pues está muy claro!

—Explícamelo mejor, Bert.

Desde la ventana anunció Ted, levantando una mano como pidiendo permiso para interrumpir:

—Uno de los coches no ha pasado de largo, Bert, Se ha detenido junto al bordillo.

—A ése no lo cuentes, Ted.

—Es que del coche ha bajado Erika, Bert.

—¿Y qué?

—Que vienen con ella cuatro fulanos muy feos.

Tanto Bert como Sherry corrieron a la ventana. Observando a los hombres que acompañaban a la rubia Erika Olsen, comentó sardónica la muchacha:

—Ahí tienes otra prueba del cariño paternal de Charles Bellamy, Bert.

—¿Esos cuatro trabajan para él?

—Dos de ellos son Peter Rank y Mark Forbes, gente importante entre el personal. A los otros dos los he visto alguna vez, pero ignoro sus nombres.

Los ojos de Bert Hunter despidieron chispas clavados en Ted.

—Tu amiguita nos ha traicionado, muchacho.

—Oye, Bert... La idea de venir aquí fue tuya —se defendió Mackenna—. Esa asquerosa pécora...

CAPÍTULO X

Erika Olsen se situó frente a la puerta del apartamento, mientras sus cuatro acompañantes tomaban posiciones a ambos lados de la entrada. Obedeciendo una muda indicación de Mark Forbes, pulsó el botón que hizo funcionar el carrillón dentro de la vivienda.

A los pocos segundos se escuchó una voz al otro lado de la hoja de madera:

—¿Quién es?

—Soy Erika, Bert. Me dejé olvidada la llave.

—Asoma la patita por debajo de la puerta.

—¿Como dices?

—Fue una broma, nena —rió la voz procedente del interior—. Puedes entrar, Erika. La puerta sólo está encajada.

La rubia cambió una mirada con Forbes y Rank, sin saber qué hacer. El segundo le hizo una señal indicándole que se apartara y susurró junto al oído de su compinche:

—Creo que nos han visto llegar, Mark.

—Eso me parece a mí también.

—Tendremos que entrar como sea.

—De acuerdo, Peter. Cúbreme.

En eso se dejó oír una nueva voz a espaldas de ellos:

—Eh, muchachos, ¿qué hacen ahí?

Procedente del piso superior apareció en la escalera Ted Mackenna empuñando una pistola, que les enfocaba presta a disparar.

Los cuatro hombres se quedaron estupefactos.

Entonces se abrió de golpe la puerta del apartamento y en el hueco apareció Bert Hunter con otra pistola y el dedo en el gatillo. Sherry vino a su lado.

La primera en reaccionar fue Erika Olsen, que echó a correr escaleras abajo. Bert se hizo a un lado diciendo a Sherry:

—Que no se escape la lagarta, Bonnie.

La chica salió como una exhalación detrás de la sueca.

Bert Hunter movió el arma y al tiempo que desarmaba a Mark Forbes, que era el más próximo, invitó sonriente:

—Vayan entrando, señores. Y conforme lo hagan les agradeceré que dejen caer las pistolas al suelo. En esta fiesta no se admiten personas armadas y no tenemos una mesa a mano.

Peter Rank dudó unos segundos rebelándose a ser cazado de una manera tan estúpida. No tardó en comprender que sería un suicidio resistir, hallándose cogido entre dos fuegos y soltó una maldición siguiendo a Forbes.

Los otros dos tipos también entraron dócilmente en el apartamento dejando caer las armas.

Bert Hunter entro tras ellos sin dejar de encañonarles, en tanto Mackenna recogía las pistolas del suelo y abriendo una puerta que daba al recibidor las arrojó al interior.

—Voy con las chicas, Bert.

Hunter cabeceó y haciendo una indicación a los cuatro fulanos les alineó ante él.

—Ahora vamos a charlar un poco, ¿eh, amigos?

Mientras tanto, Erika Olsen saltaba los escalones de dos en dos y de tres en tres, huyendo alocadamente.

Sherry la perseguía como una pantera a la caza de su presa favorita, y dos pisos más abajo consiguió saltarle a la espalda. La sueca chilló asustada al sentirse atrapada.

Sherry la atenazó por los rubios cabellos y clavándole la rodilla en la espalda tiró con fuerza hacia atrás obligándola primero a arquearse, y a rodar por el rellano a continuación.

Erika se defendió como una gata frenética y lanzó varios zarpazos intentando arañar las mejillas de Sherry.

Pero la muchacha se había desmelenado y subiéndose arrodillada en el vientre de la sueca la abofeteó repetidas veces.

A Erika se le saltaron las lágrimas de dolor y haciendo un violento esfuerzo logró catapultar con las piernas a su rival. Sherry pasó por encima de su cabeza y en el revuelo de faldas que hubo quedaron al descubierto las blancas y bien torneadas piernas de ambas chicas.

Una puerta del rellano se abrió y en el resquicio apareció el

rostro blancuzco de un individuo que debía estar enfermo. Al contemplar tantos encantos reunidos de una sola vez desorbitó los ojos y se pasó la lengua por los labios.

Del interior de la vivienda brotó una cascada voz femenina:

—¿Qué sucede, Milton?

—Nada, querida —respondió el fulano, sin dejar de mirar entusiasmado hacia las extremidades inferiores de las muchachas—. El lechero se está peleando coa un gato que se le quiere beber la leche.

De pronto la manaza de Mackenna se posó en la cara amarilla del individuo y el grandullón aconsejó:

—Procura calmar a tu parienta, Milton. A lo mejor sale a indagar y te la ganas, hombre. A continuación empujó con fuerza Ted.

Milton cruzó el pasillo a toda velocidad y se presentó en la cocina en cuestión de décimas de segundo. Chocó contra su desgredada esposa y estuvo a punto de derribarla.

Ted cerró tirando de la puerta.

La mujer se encaró muy enfadada con su marida.

—¿A qué viene tanta prisa, Milton? ¿Acaso se ha colado el gato en la casa?

Milton negó enérgicamente moviendo la cabeza y se opuso a que su mujer saliera a ver la pelea del lechero con el gato aficionado al inmaculado líquido.

Sherry se hallaba repuesta del golpe que recibió al caer de espaldas y alargó la mano aferrando del tobillo a Erika, que saltando en pie intentaba escapar de nuevo.

La sueca volvió a caer.

Se disponía Sherry a saltarle sobre la espalda con pésimas intenciones, cuando la retuvo Mackenna de un brazo.

—Ya basta, Sherry. La rabia chivata ha recibido una parte de lo que merece.

—¡Déjame arrancarle los pelos, Ted! —jadeó Sherry debatiéndose.

—Vamos, vamos, chica —dijo calmoso Mackenna—. No nos conviene armar estruendo. Si alguien llama a la policía estamos copados.

Sherry lo comprendió y se contuvo respirando

entrecortadamente.

Ted se inclinó sobre la sueca y tiró de ella levantándola. Contempló su maltrecho aspecto y chasqueó la lengua sacudiendo la cabeza, diciendo recriminatorio:

—Parece mentira que seas tan sucia, guapaza.

Erika desorbitó los ojos mirándole llena de temor.

—Supongo que serás razonable y nos acompañarás a tu apartamento, ¿eh? —inquirió torvo el grandullón—. Eres demasiado joven para andar por ahí con dentadura postiza, guapaza.

Erika Olsen se dejó llevar sin oponer la menor resistencia. Poco después entraron los tres en el apartamento.

En él se encontraban ya dos sujetos con las manos atadas a la espalda y Peter Rank estaba ligando de la misma forma las de Mark Forbes bajo la atenta mirada de Hunter.

Al verles llegar, anunció Bert:

—Hemos llegado a un acuerdo estos chicos y yo, Ted. Ahora bajaremos con ellos a la calle y te encargarás de darles un paseo en su propio coche. Llevarán las manos atadas a la espalda para evitar tentaciones y procuraremos que nadie lo advierta cuando bajemos. Si te parece incluso los podemos sujetar uno con otros y echarlos en el asiento posterior.

Ted dio una lenta cabezada de conformidad.

—Entiendo.

—Echa un vistazo a ver si el tipo de las gafas ha obedecido mis órdenes bien, Ted. Y de paso lo atas bien a él. Debes cerciorarte de que no se soltarán antes de llegar a su destino. Yo me tengo que quedar aquí haciendo compañía a las dos chicas. Está feo dejarlas solas.

Mackenna hizo lo que le decía Hunter y al terminar se incorporó satisfecho de su obra.

—Ya están empaquetados, Bert.

—Muy bien —respondió el joven mirando hacia la ventana—. Será de noche en unos minutos. Entonces podremos salir sin llamar la atención. Ahora descansa, mientras yo ato a tu rubia amiguita.

Mackenna frunció el ceño alarmado.

—¿También le doy el paseo a ella, Bert?

—No, Ted. Bastará con tenerla atada hasta que todo acabe. Con los tipos es distinto. Si los conservamos aquí seríamos demasiados

para un apartamento tan pequeño.

Mackenna sonrió aliviado.

—De acuerdo, Bert.

—¿Crees que podrás valerte sólo con los cuatro, muchacho?

—Seguro, Bert.

Diez minutos después sacaban a los cuatro hombres de Charles Bellamy a la calle. Ninguno se atrevió a protestar porque iban amenazados por las pistolas que invisiblemente ocultaban ambos amigos bajo las gabardinas.

Aguardaron a que no pasara nadie por la acera y la cruzaron. Los fulanos fueron empujados sin consideración en la parte posterior del vehículo, donde cayeron hechos un lío.

Ted se instaló tras el volante y arrancó.

Bert subió de nuevo al apartamento de Erika.

Mackenna tardó casi una hora y media en regresar y al entrar se frotó las manos sonriendo.

—Asunto concluido, Bert —anunció componiendo una mueca—. Esos tipos no podrán decir nada más en la vida.

—¿Dónde acabó el paseo, Ted?

—En el muelle Oeste, Bert. Allí tuve la mala suerte de que el coche cayera al agua. Me fue imposible salvarlos.

Sherry miró a los dos amigos intensamente pálida.

—¿Cómo podéis ser tan crueles? —preguntó horrorizada—. ¡Se trataba de seres humanos y los habéis matado fríamente!

Bert arrugó la nariz y replicó chasqueando la lengua:

—Menuda Bonnie de pacotilla ibas a ser tú, nena. Sherry seguía mirándoles incrédula.

—¿Es que acaso no tenéis sentimientos?

Ted se rascó la nuca sin responder y Hunter atrapó la gabardina de una silla donde la había dejado. Mientras se la colocaba, dijo por encima del hombro:

—El que deberá tener sentimientos es Charles Bellamy, encanto. Ahora vamos a hablar largo y tendido él y yo. Te encargas de vigilarlas hasta mi vuelta, Ted.

El grandullón asintió:

—Descuida, Bert.

Sin decir nada más, se dirigió Hunter a la salida.

CAPÍTULO XI

Charles Bellamy descolgó el auricular y lo aproximó al oído.

—Aquí Bellamy.

—Tu voz ya me es familiar, berraco.

El padre de Sherry respingó sobresaltado al escuchar al otro lado del hilo a Bert Hunter. Su rostro fue empalideciendo hasta quedar de un tono cadavérico. Movi6 los labios en tic nervioso y durante unos segundos no fue capaz de reaccionar.

Richard Talbot le escrutó el semblante alarmado. Por fin pudo articular Bellamy:

—Escuche...

—El que vas a escucharme serás tú, maldito tacaño. Has vuelto a enviarme a tu gente y esta vez no te lo perdono. En primer lugar te diré que si quieres volverlos a ver tendrán que dragar el puerto de Nueva York y es posible que así puedas encontrar sus cadáveres. En segundo lugar tengo el placer de informarte que el precio ha subido. Ahora pedimos el millón completo y debes tenerlo listo para mañana al amanecer.

Bellamy tartamudeó moviendo la cabeza:

—Eso... es imposible.

—De acuerdo —dijo con helada entonación Hunter—. Voy a colgar. Ya irás recibiendo los trocitos de tu hija Sherry. Serán tan pequeños que incluso te los podré enviar por correo. Abur, berraco.

—¡Espere!

—¿Sí?

—Debemos seguir hablando. ¿Es usted Hunter, o Mackenna?

—¿Y eso qué tiene que ver? A la chivata de Erika Olsen también le daremos lo que merece. De todas formas, y puesto que ya lo saben por la rubia parlanchina, mi nombre es Bert Hunter.

—¿Es usted casado, Hunter?

—Los tipos como yo no se casan, berraco. Pero incluso si se

casaran y tuvieran hijos, los querrían más que tú. Sherry tiene razón cuando dice que Charles Bellamy no pagará nunca el rescate. Y es una lástima que tengamos que mutilarla.

Casi sollozante, imploró Charles Bellamy:

—No haga eso, por favor —estaba completamente deshecho, moralmente derrumbado. Su voz fue apenas audible cuando añadió en un susurro—: Pagaré lo que pidan, Hunter.

Al otro lado se escuchó una risita burlona.

—¿Qué pretendes, berraco? ¿Ganar tiempo para enviarme a otra patrulla de rescate?

—¡No!... Estoy hablando en serio.

—Los tipos como tú no hablan nunca en serio.

—¡Esta vez sí, Hunter! —chilló cada momento más angustiado Bellamy—. Haré lo que me digan.

—¿Estás seguro?

—Completamente, Hunter.

—¿Tienes el dinero en tu poder?

—Tengo... ochocientos mil dólares. Es todo cuanto he podido reunir, Hunter.

—No hay trato. El precio ha subido.

—¡No puede hacerme eso!

—Tú te lo has buscado, berraco —aseveró el joven—. Liquidar a unas cuantas personas tiene un precio y debes pagarlo.

Charles Bellamy boqueó atónito.

—Pero... esa gente trabajaba para mí, Hunter.

—¿Y eso qué tiene que ver? Nosotros hemos realizado el trabajo, ¿no? Es lógico que lo cobremos, hombre. Además..., no me vengas con cuentos chinos. Un fulano capaz de reunir ochocientos mil en unas horas, lo mismo consigue doscientos mil más.

Un sudor frío perlaba la frente del poderoso Charles Bellamy.

—No podré, Hunter. He agotado todos mis recursos.

—No lo creo, berraco. Siempre nos queda algo adonde echar mano.

—En mi caso no, Hunter.

—Pues voy a sentirlo por tu hija Sherry. Un millón, o empezarás a recibirla poco a poco. Bellamy jadeó lívido:

—No diga eso.

—Escucha, Bellamy —dijo resuelto el joven—. Voy a colgar.

Volveré a llamarte mañana a las ocho. Si para entonces no has reunido el millón, no volveré a insistir. Lo que pueda suceder caerá sobre tu conciencia.

—¡Hunter...!

Pero Charles Bellamy escuchó el zumbido anunciador de que la comunicación había sido cortada.

Como un autómatas, con la mirada perdida, ahorquilló a su vez el auricular. Richard Talbot indagó con voz queda:

—¿Han fracasado Rank y Forbes?

—Esos hombres son dos diablos, Richard —murmuró Bellamy apagadamente—. Han matado a los cuatro hombres que fueron en su busca.

Talbot atirantó los músculos faciales.

—¡Malditos sean!... —masculló entre dientes—. Me gustaría echármelos en cara para...

—Es tarde para todo, Richard —le cortó desalentado Bellamy.

Nora Graham contempló apenada a Charles Bellamy, De ser un hombre pletórico de facultades, lleno de vitalidad y dueño de sí mismo en todo instante, había pasado a ser un muñeco de trapo derrumbado en el sillón de su despacho. Llevaba varios minutos fumando en silencio, sin levantar la cabeza, sumido en profundos pensamientos, con los labios fuertemente contraídos.

Nora depositó una mano en el ancho hombro de su amigo.

—Yo dispongo de cincuenta mil dólares, Charles. Puedes disponer de ellos incondicionalmente.

Bellamy levantó brevemente la cabeza y miró de forma fugaz a la siquiatra.

—Gracias, Nora —murmuró—. Pero no basta.

—¿Has agotado todas las posibilidades realmente, Charles?

Charles Bellamy se pasó la diestra por los cabellos en ademán evidentemente desesperado. Se podía advertir que en su fuero interno se estaba llevando a cabo una tremenda batalla llena de contradicciones, de sentimientos encontrados.

Después de unos instantes volvió a levantar la cabeza y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Podría disponer de esos doscientos mil dólares que me faltan mañana por la mañana, Nora —dijo con un brillo inusitado en las pupilas—. Sólo que...

Al verlo titubear, concluyó la siquiatra:

—Un millón de dólares es demasiado dinero, ¿verdad, Charles? Una cantidad desorbitada.

Bellamy se puso súbitamente en pie y descargó un furioso puñetazo en la superficie de la mesa.

—¡Sí, condenación!

—Me hago cargo, Charles.

El hombre la miró, llameantes los ojos.

—¿Sabes cuánto tiempo me llevaría recuperar de nuevo esa cantidad, Nora? La doctora encogió los hombros.

—Puedo hacerme una ligera idea, Charles.

—¡Pues multiplica esa idea por diez y aún te quedarás corta! Un millón de dólares representa toda una vida de sacrificios, de jugadas sucias a tus semejantes... ¿Te escandalizas? —inquirió de repente Bellamy, observando la expresión de Nora Graham—. ¿Crees acaso que se puede ganar una cantidad como ésa en un corto espacio de tiempo y trabajando honradamente?

—No entiendo de asuntos financieros. Charles —replicó un tanto seca Nora Graham—. Lo mío es la mente humana.

—Cuando un hombre surge de la nada y logra encaramarse a la cumbre, en la mayoría de los casos ha dejado un sendero lleno de despojos a sus espaldas, Nora.

En el despacho se hizo un pesado y largo silencio.

La siquiatra lo rompió al prolongarse y fue diciendo con voz pausada, reflexiva:

—Ésa es una determinación que sólo tú debes tomar, Charles. Nadie debe; influir en ti. Tendrás que imaginar una balanza en la mente y poner en los platillos a Sherry y al millón de dólares. Luego observa de qué lado se decanta la balanza y tu determinación estará tomada. Jamás te reprocharé nada, hagas lo que hagas.

Bellamy apretó los maxilares.

—Mi decisión está tomada, Nora —silabeó endurecido, de forma inusitada, el semblante—. Pero juro que si algún día tengo delante de mí a Bert Hunter, lo estrangularé con mis propias manos.

A continuación se dirigió al interfono y pulsó una tecla estableciendo comunicación con su secretaria.

—Que suba Richard Talbot en seguida, Mildred.

—Sí, señor Bellamy.

Talbot apenas tardó un par de minutos en penetrar en el despacho de su jefe. Bellamy le salió al encuentro y fue directamente al grano.

—Pon un cable urgente a Upton Gross anunciándole nuestra llegada para esta misma noche, Richard. Luego avisa a Curtis que prepare la avioneta sin pérdida de tiempo. Saldremos para Puerto España tan pronto la tenga lista.

Richard Talbot se hallaba habituado a las rápidas decisiones de su jefe. No obstante, arqueó las cejas extrañado.

—¿Viajará usted personalmente, señor Bellamy? —Iremos tú y yo, Richard. Hay que dejar el asunto ultimado dentro de unas horas.

CAPÍTULO XII

En la penumbra del interior del coche estacionado en las afueras de la ciudad de Puerto España, dijo Charles Bellamy:

—Tengo por lema ir directamente a la resolución de los casos sin andarse con rodeos, señor Pereira. Con eso quiero decirle que no deseo perder el tiempo en palabrería estúpida.

Los dientes del mulato brillaron al forzar una leve sonrisa.

—Me parece muy bien, señor...

Upton Gross intervino ladeado en el asiento delantero:

—El nombre de mi jefe no debe preocuparle, señor Pereira.

—Exactamente —aprobó Charles Bellamy—. Aquí vamos a tratar de armas y dinero. Sobran los nombres.

El mulato dio una lenta cabezada afirmativa.

—De acuerdo.

—Muy bien —siguió Bellamy—. Gross le dijo que el precio actual de las armas era de trescientos mil dólares...

—Ya le dije que esa cantidad...

—Déjeme terminar, señor Pereira —cortó a su vez Bellamy—. Estoy al corriente de que ustedes ofrecieron doscientos mil. El motivo de mi viaje a Puerto España es solucionar el asunto por la vía rápida. Dejemos la cifra en doscientos cincuenta mil y podemos hacer la operación esta misma noche.

El mulato Pereira tardó unos segundos en responder.

—¿Quiere decir que tendríamos las armas esta misma noche?

—Así es, si disponen de los doscientos cincuenta mil dólares, señor Pereira.

—Pero esa cantidad...

—Sin rodeos, señor Pereira —atajó brusco Bellamy—. Ustedes necesitan las armas y yo no puedo tenerlas más tiempo en Trinidad porque resultaría peligroso. Por otra parte, disponemos de un nuevo comprador en el Continente.

Pereira quedó pensativo.

—De modo que tienen las armas en Trinidad.

—En efecto. Pero jamás descubriría el lugar donde se encuentran.

—Oiga... —dijo de pronto Pereira—. Puedo darle doscientos mil esta misma noche. Fue el precio acordado en principio.

Bellamy apretó los maxilares y silabeó en tono helado:

—Fuera del coche, Pereira.

—Pero...

El rubio Upton Gross alargó la diestra por encima del asiento y atrapó de la solapa al mulato.

—Ya escuchó al jefe, Pereira. Largo de aquí.

—Yo estoy dispuesto a... —comenzó a tartamudear Pereira—. Puedo pagarles... Charles Bellamy le cortó con un seco ademán.

—No hay acuerdo, Pereira. Es posible que en otra ocasión podamos conseguirlo. Adiós.

—Escuche, señor —dijo hablando rápido el mulato—. No le aseguro que lo consiga, pero voy a intentar reunir los doscientos cincuenta mil.

Bellamy inquirió frío:

—¿Cuándo los tendrá disponibles?

—Pues... dentro de tres o cuatro horas.

—Demasiado tiempo.

—Tienen que comprender que Puerto España no es Nueva York. Aquí es difícil reunir cincuenta mil dólares durante la noche. Mi representado puede poner reparos.

—Escuche, Pereira —dijo Bellamy emitiendo un resoplido—. No estamos dispuestos a perder más tiempo con usted. Estaremos en el Queen's

y aguardaremos su llamada por espacio de una hora. Ni un minuto más. Ahora descienda del coche.

El mulato fue a decir algo más, pero se apresuró a bajar al sentirse empujado por Gross.

Una vez en el suelo vio partir al coche oscuro.

Charles Bellamy paseaba a grandes zancadas de un lado a otro de la habitación 215 del Queen's.

Habían transcurrido cuarenta y cinco minutos desde que dejaran al mulato Pereira y continuaban sin noticias de él.

Junto a una de las ventanas, Richard Talbot daba nerviosas chupadas al cigarrillo que sostenía entre los dedos.

Aparentemente, Upton Gross era el más tranquilo de los tres. Sentado en uno de los sillones y con una copa de *brandy* en la diestra, comentó dirigiéndose a su jefe:

—Pereira reunirá el dinero, señor Bellamy.

—Quisiera estar tan seguro como tú, Upton.

—Lo que no comprendo es la precipitación en vender, señor Bellamy. Tenía a ese tipo en mis manos y hubiese acabado por pagar los trescientos con sólo esperar unos días.

Charles Bellamy no respondió a la insinuación de su subordinado. No tenía que dar explicaciones de sus actos.

Gross lo entendió así y no volvió a despegar los labios.

Dos minutos después les sobresaltó el repiqueteo del teléfono, que repiqueteó tres veces. Finalmente, Bellamy hizo una seña a Gros y éste descolgó.

—Diga.

La voz pausada y ligeramente gangosa de Pereira, informó:

—Tengo lo convenido en mi poder, señor Gross.

—De acuerdo, espere un momento.

El rubio tapó el micro con la mano y miró a Bellamy.

—Pereira tiene ya el dinero, jefe.

—Muy bien. Transmítele las instrucciones acordadas. Gross volvió a destapar el micro.

—Escúcheme con atención, Pereira. Le recogeremos dentro de un cuarto de hora en el lugar habitual. Lleve consigo lo convenido y nos iremos al sitio donde se efectuará el intercambio. Deberá venir solo.

A través del hilo le llegó a Gross la risita burlona del mulato.

—Por favor, señor Gross, no me crea tan ingenuo. Tres de mis muchachos me acompañarán como simple medida de seguridad, ¿entiende? Dígaselo a su jefe y verá como lo comprende.

Gross tapó nuevamente el teléfono e informó a Bellamy de las pretensiones de Pereira. El padre de Sherry meditó tal situación brevemente y acto seguido arrebató el teléfono a Gross.

—¿Pereira? Encuentro lógica su desconfianza, puesto que yo en

su lugar haría lo mismo. Pero deberán acompañarle tan sólo dos de sus hombres y es suficiente, ¿entiende? Y sobre todo no se vaya a olvidar de lo importante.

—Por eso no se preocupe en absoluto, señor. En estos momentos lo tengo a mi lado íntegro.

—De acuerdo entonces.

Diez minutos más tarde se detuvo el lujoso coche oscuro de Upton Gross frente al club nocturno La Gaviota. En su interior se hallaban Charles Bellamy, Richard Talbot, el propio Gross y el silencioso conductor de éste.

Tan sólo medio minuto después, se estacionó un viejo «Ford» modelo familiar tras ellos.

Gross descendió del coche y caminó hasta el otro, echando una mirada a su interior. Un individuo se sentaba tras el volante y otro hacía compañía a Pereira en el asiento posterior.

El rubio no dijo nada.

Se limitó a dar una cabezada y regresó al primer vehículo.

Éste se puso en marcha e inmediatamente fue seguido por el «Ford» modelo familiar a prudente distancia. Ambos autos tomaron rumbo al puerto deportivo de la ciudad.

Diez minutos después se detuvieron frente a un yate de mediana eslora que formaba ángulo recto con la pared del puerto. Lo flanqueaban diversas embarcaciones de todo tipo.

Pereira caminó hasta el grupo formado por Bellamy, Talbot y Gross, en compañía de uno de sus hombres. Llevaba un negro maletín en la zurda y al detenerse contempló el yate, arrugando el ceño.

—No me digan que las armas están ahí. Charles Bellamy sonrió con suficiencia.

—Jamás lo hubiera sospechado, ¿eh?

—Bueno..., aquí tan a la vista de las autoridades...

—Ésa es la clave de muchos triunfos, Pereira —dijo Bellamy—. Una persona necesita una buena dosis de osadía para abrirse camino.

—Ya.

—Subamos a bordo, Pereira —dijo Bellamy, indicando la pasarela—. En el interior ultimaremos el negocio.

El grupo subió a la cubierta del yate dejando en tierra solo a los

dos conductores de los coches. Un par de corpulentos marineros les salió al encuentro y el acompañante de Pereira observó las culatas de las pistolas sobresaliendo del pantalón, insertadas en la cintura.

Gross les dijo en español:

—Quedaos aquí arriba en cubierta. —Luego miró a Pereira y sugirió—: Su hombre puede hacerles compañía, Pereira.

El mulato se limitó a dar una cabezada de asentimiento.

Bellamy, Gross, Pereira y Talbot descendieron por una escalera de madera.

En el muelle, el conductor del coche de Upton Gross se hallaba fuera del vehículo, apoyado en la carrocería con los brazos cruzados.

Vio que el otro chófer se le aproximaba caminando indolente y al tenerle cerca observó que traía un cigarrillo en los labios.

—¿Tiene lumbré, amigo?

El hombre de Gross emitió un gruñido y sacando un encendedor aplicó la llama al extremo del... cigarrillo.

El rostro de Ted Mackenna se iluminó brevemente y después de dar una chupada sonrió por la comisura de la boca.

—Gracias, amigo.

Y acto seguido le clavó el puño en el hígado.

CAPÍTULO XIII

El mulato Pereira contempló las cajas almacenadas en el compartimiento inferior del yate y dejó escapar un suspiro.

—Jamás lo hubiese sospechado. Bellamy pidió con cierta impaciencia:

—Puede entregarme el dinero, Pereira. Los dos hombres que tenemos arriba les ayudarán en la tarea de descargar.

Pereira siguió sosteniendo el negro maletín en la zurda.

—¿Le importa que abramos antes una de las cajas, señor?

—De acuerdo —accedió Bellamy malhumorado—. Señale usted mismo la caja que le interese abrir.

El mulato tocó con la mano una situada en segunda posición, empezando por arriba.

—Puede ser esta misma.

Bellamy miró a sus hombres y movió la cabeza en sentido afirmativo.

Entre Gross y Talbot quitaron la caja de encima y a continuación depositaron en el suelo la situada en segundo lugar. Gross utilizó una palanqueta para forzar las maderas de la tapa.

Pereira agrandó los ojos y silbó entre dientes contemplando el contenido de la caja rectangular. Una hilera de modernos fusiles checos se ofreció a sus ojos.

Upton Gross sonrió:

—De primera calidad, como puede comprobar. Pereira dio su conformidad:

—En efecto. Espero que toda la mercancía sea igual.

—No lo dude, Pereira. Bellamy añadió por su parte:

—Ahora interesa ver la calidad de su dinero, Pereira.

En aquel preciso momento se escuchó un estruendo en cubierta y los cuatro hombres levantaron las cabezas sorprendidos. Pudieron escuchar perfectamente el ruido que producían dos cuerpos al caer

desplomados en el suelo de la cubierta.

En el rostro de Charles Bellamy se reflejó un súbito temor. Pero fue Upton Gross el que gritó:

—¿Qué sucede ahí arriba?

Pasaron varios segundos sin que nadie respondiese. Gross se giró al mulato y le miró llameantes las pupilas.

—Escuche, Pereira, si ha tratado de hacernos una jugada lo va a pagar caro —amenazó torvo—. Usted sería el primero...

Entonces asomaron dos rostros por la escotilla encima de ellos. Y por delante, los negros orificios de una pistola y una metralleta.

Bellamy, Talbot y Gross boquearon atónitos. Pereira se limitó a sonreír informando:

—Tengo el gusto de presentarles al inspector Bert Hunter y al agente Ted Mackenna, de la Interpol, señores.

Por su parte, inquirió Bert Hunter:

—¿Todo en orden, inspector Pereira?

—Completamente, Hunter. Hemos logrado cogerles con las manos en la masa, como vulgarmente se dice.

Charles Bellamy estaba pálido como un muerto.

Richard Talbot imprecoó una soez maldición entre dientes y llevando la mano a la axila dio un gran salto buscando refugio en las cajas. Una pistola apareció en su diestra y la esgrimió tratando de utilizarla contra Ted Mackenna, que sostenía la metralleta.

Bert Hunter se le adelantó disparando una sola vez.

Alcanzado en el pecho, Richard Talbot vaciló tambaleante, tratando de buscar un asidero que no encontró. Se derrumbó sobre la caja de armas abierta y quedó doblado encima de ella.

La pistola resbaló de su mano.

Tanto Charles Bellamy como Upton Gross habían levantado los brazos. Ambos tenían el semblante macilento.

—Asunto concluido, inspector Hunter —dijo Pereira, después de arrebatarse el arma a Gross—. Yo me haré cargo, de estos hombres hasta que se arregle la extradición.

El capitán Horace Winslow posó una mirada entre contrita y apenada en la joven que tenía sentada delante de él.

—La ley ha tenido que jugar sucio en esta ocasión, señorita Bellamy. Créame que lo siento por usted. A fin de cuentas ha sido la víctima de toda la trama.

Sherry levantó lentamente la cabeza.

—No acabo de comprenderlo, capitán Winslow.

—Voy a repetirle los puntos más importantes, señorita. —Tras una pausa, agregó el oficial—: Sabíamos que su padre se dedicaba al contrabando de armas, pero no teníamos forma de probarlo, ya que es una persona astuta en extremo. Hemos tenido que recurrir a sus sentimientos para obligarle a dar un paso en falso.

La muchacha parpadeó.

—Entonces..., Bert Hunter...

—Es un inspector de la Interpol. Sabíamos que su padre tenía acceso a nuestro fichero por medio de Peter Rank y por eso introducimos la ficha falsa que le catalogaba como un delincuente común. Con Joel Frost estuvo a punto de fallar el plan, por su afición a matar. Era un verdadero sádico y Hunter no tuvo otra alternativa que acabar con él ayudado por el agente Mackenna. Teníamos previsto asaltarles por el camino, cuando les llevara a presencia de su padre, simulando que formábamos parte de una banda.

Winslow pudo darse cuenta de la amarga expresión que se plasmaba en el bello rostro de la muchacha y después de inspirar profundamente prosiguió la explicación:

—Erika Olsen también pertenece a la Interpol. Por cierto que ha presentado una queja por la pelea que sostuvo usted con ella. Asegura que es usted una mujer llena de valor y fiereza.

Winslow dejó pasar unos segundos y concluyó:

—En cuanto a los cuatro hombres que usted creyó asesinados por Ted Mackenna, no ocurrió nada de lo que imagina. Peter Rank, Mark Forbes y los otros dos fueron entregados por Mackenna y desde entonces aguardan en lugar seguro. Vamos a necesitar sus declaraciones en el juicio contra su padre. Siento haberle tenido que explicar todo esto, señorita Bellamy, pero... lo creí una obligación.

Sherry tardó largo rato en coordinar dentro de su mente todo lo sucedido. Luego levantó despacio la cabeza y fijó los ojos rasos de lágrimas en el capitán.

—¿Puedo... puedo ver a mi padre?

—Desde luego, señorita Bellamy. Y al mismo tiempo voy a decirle algo para que se lo transmita. Un buen abogado puede sacarle una condena que oscile entre los quince y veinte años. Por

buena conducta puede ser reducida posteriormente. Trate usted de convencerle.

Sherry movió la cabeza en sentido afirmativo. El capitán Winslow añadió:

—Una última cosa, señorita Bellamy... No culpe demasiado a Bert Hunter de lo sucedido. El muchacho no ha querido estar presente en estos momentos porque está sinceramente enamorado de usted y le remuerde la conciencia. No me ha servido de nada tratar de convencerle de que él hizo un juramento a la justicia y se debe por entero a ella. En cuanto a su padre..., si hemos podido detenerle se debe al cariño que le profesa, Sherry.

Charles Bellamy cogió entre sus manos el rostro de su hija Sherry y la besó en la frente. La chica le miró intensamente durante largos e interminables segundos y finalmente acabó abrazándolo fuertemente. Apoyó la cabeza en su hombro y lloró convulsa, amargamente.

Unos metros más allá, el capitán Winslow cogió del brazo a la doctora Graham y se alejó unos pasos con ella.

—He sido injusta contigo, papá —sollozó Sherry, sin dejar de abrazarle con fuerza—. Supuse que no me querías en absoluto.

Charles Bellamy la obligó a separarse y sacando un pañuelo del bolsillo le secó las mejillas poniendo una musitada ternura en ello. Luego le sostuvo la barbilla entre los dedos y le levantó el rostro lentamente.

—¿Cómo pudiste pensar una cosa así, Sherry? —reprochó con un tono en el que se apreciaba una mezcla de amargura y felicidad al mismo tiempo—. Sabes que te querré más que a nada en el mundo mientras viva, pequeña mía.

Sherry sonrió por entre las lágrimas que enturbiaban su visión.

—Vendré a verte todos los días, papá.

—No, pequeña —rebatía Bellamy—. Bastará con que lo hagas una vez por semana y me traigas tabaco.

—Lo que tú digas, papá.

La última palabra le estaba sonando a Charles Bellamy a música celestial. Se estaba poniendo tierno y por eso miró en dirección al capitán Winslow, refunfuñando:

—¿A qué espera para ordenar que me lleven a la celda, capitán? ¿Acaso no ve que estamos haciendo un melodrama, diablos?

Antes de irse, enmarañó Bellamy los rubios cabellos de su hija en torpe gesto de afecto.

—El tiempo pasará pronto, sabiendo que tú me esperas, Sherry.

FINAL

Ted Mackenna abrió la puerta del apartamento de Erika en la Calle 86 Este y respingó al reconocer a la persona que tenía delante. Con voz apagada murmuró:

—Hola, Sherry.

La muchacha le miró fijamente a los ojos.

—¿Puedo entrar, Ted? El capitán Winslow me dijo que podría encontrar aquí a Bert. Mackenna se apresuró a dejarla pasar.

—¡Oh! Desde luego, Sherry. Aunque me temo que... Bert no se encuentra en condiciones de recibir visitas. Se cree un miserable que...

Sherry ya no lo escuchaba.

Su mirada se hallaba prendida en el cuerpo del hombre tendido boca arriba en el diván y echó a andar lentamente acercándose a él.

Mackenna fue junto a la exuberante Erika y la aferró del brazo tirando de ella hacia el exterior.

—Coge el abrigo y vámonos, encanto. Aquí vamos a sobrar en cuestión de segundos.

La mujer de la Interpol apenas tuvo tiempo de atrapar su abrigo. Ted se la llevaba en dirección a la salida y al pasar bajo el dintel le palmeó la parte inferior de su espada y Erika emitió un gritito.

—Encontraremos otro nido, guapaza —aseguró Mackenna cerrando la puerta desde fuera.

Sherry se había arrodillado junto al diván y contemplaba al hombre, que tenía en su cuerpo más alcohol del que podía soportar. Después de un rato le apartó un mechón de cabellos de la frente y desaprobó en un susurro:

—No me gustan los borrachos, Bert.

Hunter abrió un ojo y al verla también abrió rápidamente el otro e intentó saltar del diván. Cayó de nuevo hacia atrás y suplicó:

—Vete y no me tortures, visión de mi subconsciente. Sherry le

cogió una mano entre las suyas.

—Soy real, Bert.

—No puede ser cierto, Bonnie —dijo él, con lengua estropajosa—. Yo soy un miserable y tú...

—Mi nombre es Sherry y te quiero, Bert —murmuró ella—. A pesar de todo, te quiero. La doctora Graham asegura que un gran amor es capaz de perdonarlo todo. Debe de ser cierto cuando ella, que es una inteligente siquiatra, lo asegura.

—Pero yo... no merezco que tú... —Bert Hunter era incapaz de hilvanar una frase coherente y resolló—: ¡Se trata de un espejismo de mi mente turbia por el alcohol!

Sherry se aproximó más a él y le besó con fuerza en los labios.

Mantuvo su boca unida a la del joven hasta que Bert Hunter empezó a darse cuenta de que aquello era completamente real.

FIN

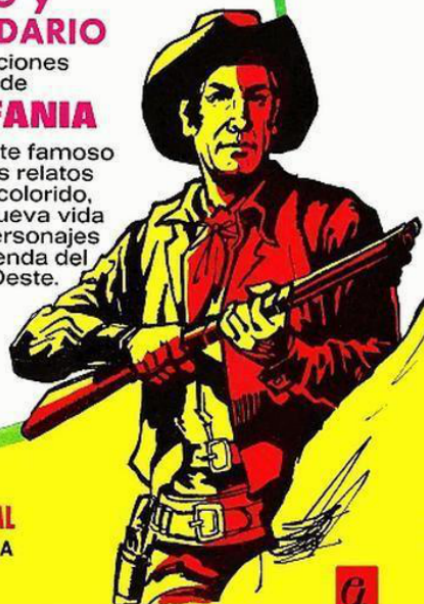
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

